

Volver...

Un nuevo comienzo



Norma G. Escamilla Barrientos

Ciudad de México, 7 de octubre 2017.

A mi abuela Olga y mi abuelo Melquiades.

A mi madre Florina, a mi padre Víctor, a mi hermana Adriana, a mi hermano Fernando, a mi cuñada Heryca Natalia, a mi cuñado Federico, a mis sobrinas/o Fernanda, Valeria, Guillermo, Natalia y Ximena.

A las tías Imelda, Marina, Regina, Rebeca y Araceli.

A los tíos Remigio, Melquiades y Teódulo.

Esperando que cada quien pueda reconstruir su propia historia, que puedan perdonarse, quererse, cuidarse y respetarse. Necesitamos hacerlo por nosotros mismos y por la salud de las nuevas generaciones.

*Rompo este huevo y nace la mujer
Y nace el hombre. Y juntos vivirán
Y morirán. Pero nacerán nuevamente.*

Nacerán y volverán a morir

Y otra vez nacerán.

Y nunca dejarán de nacer, porque la muerte es mentira.

EDUARDO GALEANO.

Índice

Presentación.....	5
Capítulo 1. El final es el comienzo.....	9
Capítulo 2. Las hijas e hijos de la abuela.....	16
Capítulo 3. Tus primeros años de vida.....	25
Capítulo 4. La casa que albergó tú ombligo.....	30
Capítulo 5. Hilvanando a tú padre ausente.....	33
Capítulo 6. Tú vínculo materno.....	40
Capítulo 7. El nacimiento de Tacho.....	45
Capítulo 8. Adiós escuela, bienvenida la familia.....	50
Capítulo 9. El abuelo Juan Jacinto.....	56
Capítulo 10. La despedida.....	61
Capítulo 11. De vuelta a la madre tierra.....	66
Capítulo 12. El reencuentro en el temazcal.....	71
Un nuevo comienzo.....	80

Presentación.

*Cuando yo te abrazo no te abrazo sola,
te abraza conmigo una eternidad,
te abrazan los valles, las montañas y los vientos,
las flores del campo y el olor del pan.*

Soledad Pastrorutti

Sabía que vendrían muchos cambios en mi vida y en mi familia, aún no podíamos dimensionarlos, no estaba preparada, y bueno quién lo está cuando se trata de perder algo. Es una situación ambivalente, de agradecimiento, enojo, tristeza, paz y una soledad profunda. Un hueco, le decía yo a mi analista. Estos últimos años había tenido muchas pérdidas, pero la de mi abuela fue devastadora, me sentí abandonada literalmente.

Con el tiempo supe que ella no me abandonó, pude integrar en mí lo que yo le había puesto y ahora me hago cargo de mí, no fue fácil y aún lo sigo intentando. Le devolví lo que no me correspondía, le agradecí todo lo que me dio, fue uno de mis objetos buenos, y le pedí a ella se hiciera cargo de lo suyo y yo de lo mío. Le pedí que desde donde estuviera ahora me acompañara a mí y a mi familia para romper con la alianza de mujeres que sufren por amor y se enferman para no ser felices “por qué tenemos que pagar las deudas históricas de quien ni siquiera conocimos en la familia materna”. Le pedí ayuda para que las mujeres de mi familia

volvamos a creer en nosotras y nos valoremos sin culpa, que podamos integrar esa fuerza que nos sostiene pero también permitirnos sentir y vivir esa amorosidad, perdonarnos y querernos.

Una vez recuperada del corazón y con el ánimo de plasmar parte de mi sentir, a través de los recuerdos de mi madre, mis tías y mis tíos, comencé a buscar entre los recuerdos, las vivencias y los sentires de cada uno de ellos, para comenzar a hilvanar este escrito que tienen en sus manos y dejar a mi abuela en el lugar que le corresponde en cada una de nuestras vidas.

Por suerte o tal vez presintiendo que pronto sería el final inevitable pude hacerle una entrevista a mi abuela unos días antes de su partida, con lo cual ambas nos preparábamos para despedirnos sin decirlo, esa fue su herencia para mí, poderla llevar ahora como un objeto bueno en mí. Tengo su voz grabada, tengo su imagen en mi mente, ese rostro amable, sensible y melancólico. Tengo su amorosidad aguerrida y su fuerza.

Tengo a una madre que fue parida por ella y a la cual le debo mi vida y lo que soy, claro con mi padre al lado. El mejor que pude haber tenido, un hombre sensible y sostenedor, más fuerte de lo que creemos. Ahora puedo valorar su entereza. Él fue simbólicamente el padre ausente de mi madre, y de algunas tías y tíos.

También tuve la fortuna de tener cerquita a unas tías que me enseñaron a comer bien literalmente y a las cuales agradezco porque formaron un equipo que

me brindó cada una, algo diferente y trascendental para mi vida. Todo eso me ayudó a prepararme en la escuela, a divertirme, a ser rebelde, a ser amorosa, coqueta, a ser responsable y perseguir mis sueños.

Soy “un pedacito de carne” como decía mi abuela, fui su primera nieta, la cual está a punto de cumplir 50 años, un pedacito de carne que se aferró a la vida y que la vive intensamente, aun cuando me sigo descalabrando, no importa mientras haya vida.

Una vez comenzada la historia ya no hay marcha atrás, el regreso es imposible y el avanzar temeroso, pero más me vale avanzar para crecer, que seguir sin enfrentar mi historia y quedarme en el lugar que estoy.

Me despido amorosamente de ti abuela Aura, del abuelo Juan Jacinto que está contigo, agradecida con todo lo que me diste para vivir. Y como toda muerte trae consigo un renacer, otra vida, así nace esta historia, escribir para vivir, vivir para escribir, para intentar armar nuestros rompecabezas, para intentar recoger los pedacitos e integrarnos.

El título no fue fácil pero decidí nombrarlo volver, como el tango de Gardel porque este escrito y la vida misma es un constante volver, enfrentarse, decidir y volver. Volver a nacer a través de un escrito, volver a la tierra para renacer, volver a recordar para no olvidar, para sanar, volver una y otra vez hasta que lo necesitemos, volver a nacer y morir al mismo tiempo.

A las generaciones que siguen les toca seguir construyendo y deshilando la historia familiar desde su propio lugar y para encontrar lo que cada uno necesita saber y entender.

La vida es única, no la desperdiciemos con odios, ausencias, reclamos. Si nos dieron o no lo que queríamos, eso ya fue, no lo sigamos lamentando. En el aquí y ahora, Tú qué quieres para tú vida, qué estás dispuesta a hacer para ti y por ti.

Capítulo 1. El final es el comienzo.

*Tengo miedo del encuentro con el pasado que vuelve
a enfrentarse con mi vida...*

*Pero el viajero que huye
tarde o temprano detiene su andar...*

(Volver. Carlos Gardel)

La noche anterior regresé muy cansada, me dormí y al día siguiente nada fue igual. Regresaba de comer y al sentarme me avisaron que mi padre había llamado, me invadió una angustia y un sentimiento de desamparo, algo había pasado. Tomé el teléfono y marqué, contestó mi madre y en efecto su voz quebrada lo decía todo, ella quería mantener la serenidad, pero el dolor brotaba hasta en su respiración, “ya dejó de sufrir hija” me voy al pueblo sólo quería avisarte y me colgó el teléfono.

Ese momento fue inmenso, sentada en ese enorme pasillo de la oficina mi mundo se revolvió, no entendía que pasaba, el vértigo era más fuerte que la razón. Y en cuestión de segundos se atropellaron mis sentimientos con pensamientos, con enojo, con impotencia, con tranquilidad, me paraba, me sentaba, el desorden me invadió. Algo muy dentro de mí me decía que las cosas ya no serían como antes, por eso cuando escuche la canción de “Volver” de Gardel se me hizo un nudo en la garganta, porque es real que el pasado no resuelto vuelve al presente aunque intentemos olvidarlo, nos machaca y machaca, y una de dos, o lo resolvemos o termina convirtiéndose en una enfermedad que nos mata.

Cierto es que nadie en la familia estábamos preparados para lo que venía, y yo menos que nadie. Tuvieron que pasar muchos años para que yo entendiera que fue exactamente lo que se llevó mi abuela y todas las muertes de ese año para que yo sintiera tal desamparo. Siempre tuve un vínculo materno muy fuerte con mi abuela, desde pequeña, igual que mi madre con su abuela. No sé si por ser la nieta mayor, o porque al mismo tiempo que mi madre me parió, mi abuela perdió a un bebé, no lo sé y creo que nunca lo sabré. Ella amó a todas y todos sus nietos pero el vínculo que tuve con ella fue muy importante para mí.

Me levanté y me puse en marcha, sin pensarlo más volví a marcar el teléfono un poco menos atontada y le dije a mi madre -espérenme voy para allá, cómo no voy a ir, necesito verla, despedirme, y solté en llanto. Colgué el teléfono, organicé rápidamente mi escritorio y mi salida de la oficina literalmente, meses después renuncié. Pensé en los pendientes de la vida, de mi vida, mismos que se removieron con los pendientes de mi abuela, con su partida. La sensación fue como si al término de la vida de mi abuela, una se muriera un poquito también, como si te pusieran una pared en la que te das un tope, y te dice hasta aquí, piénsate en lo que has hecho, dicho, vivido, te pasa una película instantánea y sólo te aturde, te confunde.

Durante el recorrido de la oficina a la casa de mis padres, hubo un impase largo, sinuoso en el pensamiento, en el alma. Sin haber preparado maleta y sólo con lo puesto llegue finalmente, mis padres ya estaban esperándome en la puerta de su casa, mi primer impulso, abrazar a mi madre que como siempre se sostiene fuerte para tranquilizarme... *“ya no está sufriendo hija, fue mejor así, me acarició el*

cabello y me miró como una madre mira a su hija para tranquilizarla”.... Nos abrazamos y enseguida a tomar camino para ese pueblo entroncado en las montañas oaxaqueñas, un recorrido físico de ocho horas de camino, pero también fue un recorrido de emociones, recuerdos, de ese andar pasado.

Mi padre que es quien sostiene a mi madre emocionalmente trataba sin palabras de tranquilizarla, a mí también, de pronto preguntaba algo para romper con ese silencio, o hacía un comentario para ubicarnos en las cosas que llegaríamos a hacer para el entierro de mi abuela. Él ya sabía lo que nos esperaba, mi abuela y abuelo paternos ya habían fallecido algunos años antes y en los pueblos se acostumbra que toda la gente llegue a acompañar a la familia y despedir el cuerpo de los muertos. En agradecimiento, la familia que tuvo la pérdida tiene que dar comida y bebida, es decir “olvidarse” de su dolor durante el día y sufrirlo cuando se va toda esa gente.

Durante el viaje no pude dejar de llorar, negando y renegando lo que había escuchado por el teléfono. Una y mil imágenes se me venían a la mente y al corazón, yo de pequeña sentada en un madero que hacía las veces de silla de la cocina chiquita, así la nombraban, ahí había un fogón en el que se ponía el nixtamal y se molía el maíz para hacer las tortillas. Era un lugar tan significativo para mí, ahora sé que en mi fantasía pensaba que mi abuela era toda para mí, no había nadie más que me robara su atención.

Recordaba frente a mí a la abuela que molía el nixtamal para hacer las tortillas del desayuno y la comida, así que nos acompañábamos de una rica plática, ella me preguntaba: -¿qué soñaste?, yo le platicaba mis eternos sueños, aunque ahora me pregunto si en realidad me acordaba a esa edad de mis sueños. Así que desde ahí mi fantasía tomo vuelo y se desplegó sin problema alguno. Yo le contaba y ella me “interpretaba” los símbolos que aparecían, lo que significaba y lo que me querían decir, yo la escuchaba fascinada, las niñas de mi edad no sabían esas cosas, y he de confesar que en esos momentos me sentía especial.

Ahora que soy analista e interpreto los sueños pienso en el legado que me dejó mi abuela, como influyó en lo que ahora hago, en lo importante que es escuchar, esos momentos me fueron heredados sin saberlo. Crecí sintiendo su empatía, ella me dejaba ser libre, como toda buena abuela era apapachadora, protectora, nos alimentaba con lo mejor que tenía, en todos los sentidos, nos enseñaba su oficio de alimentar, de cuidar a sus animales, a sus perros, a sus cafetales, a su tierra, a su prole.

Ahora sé que ese vacío que sentí al escuchar de su muerte, en realidad era porque pensaba que todo esto se lo había llevado, es esa sensación de que dentro de una falta algo que no se puede llenar. Después de mi duelo y de mi trabajo analítico puedo entender y agradecer porque en realidad no se llevó nada, lo recreo en mí, para que viviera en mí, y permaneciera en mí estuviera ella o no. Mi abuela era mi abuela pero también siempre la viví como una chamana no sé por qué, pero me sanaba. Tal vez porque tenía esa cosa mágica también.

En un viaje de ocho horas pude pensar en muchas cosas, recordaba que al término del día nos íbamos a dormir, su casa en el pueblo era de una sola habitación, muy grande con un tapanco, en su pueblo no se acostumbran las paredes, aunque todos saben cuál es su espacio. Teníamos la costumbre de seguir platicando con la luz apagada, ella nos contaba siempre una historia, para mi hermana y para mí nunca era suficiente, cuéntanos otra historia le pedíamos, nosotras cantábamos canciones y finalmente terminábamos dormidas. Y mi abuela tal vez agradecida de que Morfeo se apoderara de nosotras y nos hiciera callar unas horas.

El amanecer en su pueblo iniciaba con el ritual de la cocina, como olvidarlo chicos y grandes participábamos, era el espacio colectivo como en todo pueblo. Todo giraba alrededor de su fogón, creo que era como el fuego sagrado que bendecía el alimento, casi todo el tiempo estaba prendido y cualquiera que pasara sabía que tenía que empujar el leño para mantenerlo prendido. Justo porque siempre estaba puesta la olla de café, lista para todo aquel que llegara a visitarla o para nosotros.

Este preciado fogón también daba calor a la cocina, la temperatura de su pueblo era frío-húmedo, claro por ser zona cafetalera con muchos árboles frutales, literal un paraíso. Ella se inspiraba para prepararnos la comida especial durante el tiempo que la visitábamos, siempre nos faltó estómago. Mi madre, mis tías le ayudaban en la cocina, entre tanto a las niñas nos pedían ma' espanta los pollos, ma' pásame la cazuela, ma' dale de comer a los cuches, ve por más leños y entre

ida y vuelta escuchábamos todas las historias de la gente del pueblo, de los problemas de la familia. Sin saberlo se nos impregnaban los olores de sus especias, del gran amor que comíamos a través de toda su comida, diría Melanie Klein, ella era para mí y para mucha gente el pecho bueno, quien nos gratificaba, nos contenía, nos alentaba y nos protegía. La madre sostenedora que todos queremos tener en nuestra fantasía.

Todos estos recuerdos aparecían en vaivén en mi mente durante el trayecto al pueblo de mi abuela. Todo el tiempo aparecía y desaparecía su rostro y esos ojos expresivos, compasivos que siempre llevaré en mi pensamiento. Esa mirada melancólica y de paz, esa mirada que después se volvió triste, esa mirada que apareció en mi sueño, cuando se despidió de mí por última vez.

Finalmente llegamos al pueblo y fue como tocar piso, el vaivén de mis ideas se calmo tenía que estar fuerte para acompañar a mi madre en su dolor, al fin y al cabo era su madre, quien la pario, su primer objeto de amor diría Freud, su referente femenino, su primera casa por nueve meses, de donde una no quiere salir a enfrentar el mundo. El primer dolor más fuerte que uno vive en la vida es cuando nos separamos por primera vez de la madre, ella nos pare al mundo, ahí nos preguntamos por qué me “desamparas” yo me sentía perfecta dentro de ti. El segundo momento cuando nos desteta y nos dice de ahora en adelante tú puedes sola, aprende a pedir el alimento y a sobrevivir, a identificar lo que quieres, ahí una dice: por qué tengo que hacerlo si tú sabes qué es lo que yo quiero. Y el mismo dolor lo volvemos a vivir cuando físicamente muere y nos tenemos que separar

literalmente de ella, ahí uno dice porque me dejaste, nadie va a llenar ese hueco que dejaste. Y claro mucho tiempo después una entiende que justo lo que hace la madre junto con el padre nos integran y nos van formando para que no tengamos huecos y podamos sostenernos cada quien, claro no siempre pasa y por eso una llega a terapia para poderlo lograr. Por fortuna existen estas alternativas.

No es fácil ser padre y madre, no se nace con un manual desgraciadamente, también ellos vienen cargando su propia historia, sus faltas, sus ausencias, sus miedos. Y si ellos no tuvieron a ese padre y madre sostenedores, suficiente hicieron con darnos todo lo que pudieron, comenzando con la vida, tan sólo con eso nos tendríamos que dar por bien servidos.

Una vez con vida, lo demás corre por nuestra cuenta.

Capítulo 2. Las hijas e hijos de la abuela.

Todo comenzó hace tanto tiempo, hace tantas generaciones y no hay registros, por lo menos escritos. Seguro en la mente y en la sangre llevamos todas las historias, todos los dolores y toda la alegría que nos antecedió. De lo que sí puedo contar es de la generación que me tocó vivir a mí.

La abuela Aura y el abuelo Juan Jacinto tuvieron 11 hijos e hijas, 6 mujeres y 3 hombres. Un hijo y una hija muertos.

Rosau la hija mayor, es una mujer de 68 años, está casada con Fermín de 71 años, recién cumplieron 50 de casados. Rosau fue la primera en llegar al Distrito Federal, abrió una nueva brecha para la familia migrando muy pequeña a la Ciudad de México, tenía 11 años cuando llegó por primera vez, vino 6 meses y luego llegó la abuela por ella y se la llevó. Posteriormente se regresó a la ciudad definitivamente y fue empleada del hogar, lo cual le daba la posibilidad de ganar dinero para enviar a su mamá y tener un techo y comida. Así estuvo varios años y a los 18 años se casó con Fermín, con quien duró cuatro años de novia. En esa época las mujeres al casarse dejaban de trabajar para dedicarse al hogar, lo cual sabemos ahora que también es un trabajo sin horario, de veinticuatro horas, los 365 días, considerando las urgencias de las hijas e hijos. Rosau como le dicen ha dedicado su vida al hogar, al cuidado de su hijo e hijas, y ahora de sus cuatro nietas, Emilia de 15 años, Simona de 13 años, Hannia de 7 y Gabriela de 5 años. Siempre combinó la crianza y el hogar con algunas actividades de apoyo a la economía familiar, como venta de

Avon, joyería, rebabear tubos para el cabello, vender Tupperware, congeladas y hielo, entre otros. Tuvo dos hijas Lilia de 49 años y Rosario de 47 años y un hijo varón Emilio de 43 años. Rosau es una mujer sonriente, amorosa, bondadosa, con carácter fuerte, con una sazón que le viene de sus ancestros y de su madre. Su cuerpo ya cansado ha manifestado fibromialgia, su cuerpo habla lo que ella no puede nombrar, ya está muy cansada.

Claudia es una mujer de 66 años, se casó con Javier del cual enviudo en 1993. La Claudia vivió una vida complicada con su marido ya que fue alcohólico y eso interfirió en su vida familiar hasta los últimos meses de vida. Siempre transitaron en el cuidarlo, internarlo, sufrirlo y disfrutarlo cuando permanecía abstemio, era bromista lo poco que recuerdo. Mi tía Claudia también se dedicó al hogar, cuidó de su hijo e hijas. Sus hijas Jana de 46 años, María de 44 años, Luis de 42, Renata de 40 años y Lumi de 39 años. La tía Claudia es una mujer muy introvertida, le cuesta hacerse cargo de ella misma, socializar. A diferencia de sus hermanas ella no quiso venir a trabajar a la Ciudad, cuando llegó a vivir a la ciudad vino casada. No hace vida social, no sale de su casa, es de pronto un poco asustadiza y pareciera que prefiere resguardarse dentro de casa. Claro por el entorno de vida que tuvo viviendo tantos años con un hombre alcohólico. Ha tenido asma toda la vida y por temporadas tiene crisis de asma.

Elena es una mujer de 64 años, está casada con Amaury y tienen 42 años de casados. Ella se vino a trabajar pequeña a la ciudad como empleada del hogar. Después se casó con el tío, ellos no tuvieron hijos, pero si hubo una historia donde

la tía se embarazó, compró ropita y finalmente me parece que fue un embarazo psicológico. Nunca se habló del tema en la familia, fue algo doloroso para todos y mayor aún para la tía, quien supongo tardó en reponerse. La tía sacó ojos verdes y es conocida por el color de sus ojos, se ha dedicado al hogar y después pudo convencer al tío para que la “dejara” trabajar, así que combinó la casa con la alta costura de modas en donde le fue muy bien. Después de tiempo “dejó” un rato a mi tío y se fue muchos años a Oaxaca con mi abuela donde puso una tienda y prestaba dinero a plazos, posteriormente regresó a Hidalgo con mi tío donde venden los productos que cosechan, granada y nuez, se dedican al comercio. Es una mujer trabajadora, tuvo una temporada obsesiva-compulsiva de limpieza, otra donde se arrancaba el cabello por suerte con terapia lo pudo resolver. Su carácter es fuerte como el de todas, sin embargo yo la recuerdo exigente pero cariñosa y juguetona conmigo. Siempre consintiéndonos y dándonos lo mejor, fuimos como sus hijas mi hermana y yo. Pasábamos días con ella en vacaciones.

Silvana es una mujer de 62 años, está casada con Benito y llevan 41 años de matrimonio. También se vino pequeña a trabajar como empleada del hogar. Se casó y siguió trabajando, después de nacida su primera hija se hizo de un terreno y comenzó a fincar su casa. Silvana nunca dejó de trabajar y ha incursionado en diversos negocios. Combinó la vida del hogar con el transporte escolar por muchos años. Cuido de sus dos hijas Mane de 38 años y Alondra de 32 años. La tía Silvana es una mujer fuerte que todo el tiempo se reinventa la vida para estar bien. Es emprendedora y de carácter muy fuerte como una manera de guardar sus miedos, tristeza y dolor vividos. También con ella pasábamos vacaciones en la infancia mi

hermana y yo, en la adolescencia trabajábamos de empleadas del hogar ayudándole y ganábamos dinero. Conmigo fue una tía amorosa y de pronto como una mamá, tanto que tuve un conflicto emocional cuando se casó y decidieron quedarse a vivir en Oaxaca. Lo superé pronto y dejé de fumar a los 7 u 8 años una vez que mi maestra les pidió lo platicaran conmigo. La tía Silvana es una mujer luchona, que ha vivido muchas experiencias de violencia, no es de a gratis su carácter. Es una mujer que se planteó metas y se ha esforzado por salir adelante junto con su familia. Actualmente lucha con la depresión y dolor de espalda que no es fácil pero su pulsión de vida puede más que todo eso.

Susana es una mujer de 58 años, esta juntada con Ricardo y llevan 16 años viviendo en pareja. Rosau y Fermín se la trajeron a los 6 años y la metieron a la primaria, luego la secundaria. Después comenzó a trabajar en casa y estudiar, capacitándose en diferentes talleres. Cocina muy rico, se capacito en cocina internacional, así que prepara de todo, en particular tiene un toque con los postres, tal vez pone en algo dulce y amoroso todo sus miedos, enojos y ausencias vividas.

Después de años se empleó cuidando a una joven autista. Al morir la joven autista, mi tía se quedó como ama de llaves en la casa y después de mucho tiempo se independizo. Después murió el señor Drucker y le heredo un dinero con lo que se compró una casa y ahora tiene una tienda de abarrotes, de la cual se sostiene. La tía Susana es una mujer sonriente, amorosa, desprendida, regaladora, era la tía que daba sorpresas y regalaba cosas inesperadas, cumplía los sueños de sus sobrinas, le sobra amor para dar. Fue siempre la tía consentidora y también

pasábamos tiempo vacacional con ella, trabajando y ganando dinero, ahora puedo inferir que no era el señor Drucker quien nos pagaba, si no ella misma. La Tila no tuvo hijos entonces creo que también nos vivió un poco como sus hijas, por lo menos en nuestra infancia. Ahora son los hijitos de Araceli su hermana menor a los que procura y ve como sus hijos. Actualmente tiene problemas con la presión arterial y “el azúcar” como se le conoce comúnmente y de pronto no cuida mucho su salud, tal vez también ya está cansada.

Raúl es un hombre de 56 años, está casado con Laura y llevan 25 años de casados. Es campesino en Oaxaca, tiene tierras de cultivo, café, animales. Tiene tres hijas Julia de 24 años, Noemí de 21, Ignacio de 15 y Cecilia de 8. El tío Raúl no quiso venir a la Ciudad de México, se quedó viviendo con mi abuela, tampoco quiso estudiar y se dedicó al cuidado de los animales y tierras de la abuela. Finalmente hizo su vida y patrimonio en su hermoso pueblo. Es un hombre de carácter fuerte, tuvo una época que anduvo de bohemio y rebelde como todo joven-adulto, después se tranquilizó. Es introvertido, le cuesta hablar de lo que siente y podríamos decir que es un poco pasivo. Su cuerpo también está debilitado, tiene gastritis, cansancio, latido y problemas de próstata, casi todo el tiempo está enfermo, digamos que su cuerpo dice todo lo que él no puede nombrar, todo lo que se guardó desde la infancia.

Tal vez no fue fácil asumirse como el hombre de la familia y al mismo tiempo ser el hijo hombre que se quedó al lado de la abuela.

Manolo fue un hombre que cumplió 50 años y murió el 30 de marzo de 2013, él siempre fue un niño ya que después de nacido presentó epilepsia y autismo, al nacer dijo la partera que traía enredado el cordón umbilical y no se oxigenó su cerebro. Vivió todo el tiempo con mi abuela, al morir ella, mi tía Susana asumió su cuidado, lo cual no fue tan fácil por todo lo que implica los vínculos y las características del autismo en un hombre mayor. Era un hombre ensimismado, que friqueo a la familia, que se posesiono de la abuela y que nos enseñó a cada uno lo difícil o lo sencillo que puede ser vivir. Nunca se habla de eso pero en realidad la familia sufrió con culpa su ser especial. Era juguetón, obsesivo, desesperado característica propias del autismo y libre en todo sentido. Por suerte fueron buenos sus anticuerpos y no se enfermaba en realidad, pocas gripas de vez en cuando.

José es un hombre de 48 años, está casado con Luz y llevan 25 años de casados. De pequeño más o menos de 7 años se lo trajo mi madre para que estudiara y tuviera una mejor vida, pero José después se lo reprocho ya que se sintió arrancado de mi abuela. Él fue más como un hermano porque era casi de mi edad y convivíamos todo el tiempo. Estuvo viviendo en casa durante toda la primaria, siempre saco buenas calificaciones y diplomas igual que mi hermana Rosario. Así que le gustaba la escuela. Nunca fue conflictivo, siempre bien portado. La secundaria las hizo en dos lugares distintos primero con la tía Silvana y después con la tía Elena. Después regresó con nosotros y finalmente se llevó a la novia y han vivido para siempre. Tiene un hijo Andrés de 25 años, que parece su clon. José es un hombre luchón que construyó un kínder junto con su esposa el cual ya tiene reconocimiento en la zona, ahora implemento una purificadora de agua y pronto

comenzaran a rentar departamentos. Regularmente viajan aunque José no es de salir mucho. Le cuesta disfrutar de las cosas que tiene. El tío José es un hombre muy reservado, introvertido, trabajador como toda la familia, nunca habla de sus miedos, de sus enojos, de sus frustraciones, siempre ha padecido de gastritis. Le cuesta mostrar sus emociones y dar. Es un buen hombre.

Julieta es una mujer de 46 años, esta emparejada con Oscar. Ha dedicado su vida al hogar, nunca pudo separarse del todo de mi abuela hasta que se murió. Tiene una hija de nombre Marisela de 13 años y un hijo llamado Elmer de 9 años, son hijos de Julián un doctor que vive en el norte del país y que no se ocupa de ellos ni económicamente, ni amorosamente. La tía Julieta es una mujer con diabetes, recién la operaron del corazón. Tiene un carácter fuerte y también es reservada en lo que siente, ella sólo era hija de mi abuela, no de mi abuelo materno, lo cual al principio de su existencia le costó con creces superar ya que no fue muy bien recibida los primeros años por las hijas de mi abuela, las más grandes claro. Después por fortuna cambio pero siempre estuvo sin decirse esa “incomodidad” dentro de la familia, por fortuna paso esa etapa y desde hace años ahora sí la podemos vivir como parte de la familia, sin tapujos. Finalmente fue circunstancial la forma en que llegó al mundo y por supuesto que tiene un porque en la familia su nacimiento.

Ellas y ellos son una historia en sí, vivieron de manera diferente la ausencia de mi abuelo, luego su presencia intermitente y la reconciliación en algunos casos. También vivieron de diferente forma a mi abuela cada uno de ellos y ellas. La tía

Julieta literalmente creo que nunca tuvo contacto con su padre, lo cual es muy fuerte para una persona. Mi madre, tías y tíos cargaron unos más que otros con los costalitos de las y los ancestros. Lo cual es necesario devolver para romper alianzas que nos enferman como familia.

Todas y todos ellos han sido protagonistas de sus vidas. Desde muy pequeñas/os, supieron y aprendieron a trabajar para tener lo que tienen, sabían que nada se les daría de gratis, que para tener amor, reconocimiento, una familia, dinero y bienes habría que trabajarle duro.

Ellas y ellos no vivieron su infancia y tuvieron que volverse adultos de fregadazo, así les tocó vivir. La culpa no es de nadie en particular, eso fue lo que se tuvo y entonces que hacemos ahora con esa historia. No es mala suerte, ni es una prueba, simplemente así fue.

No existió la figura paterna proveedora y sostenedora permanente que cuidaría a sus hijas e hijos, ellas y ellos lo tuvieron que hacer por sí mismos. Mi abuela hizo lo que pudo desde sus propias carencias, y a estas alturas y sabiendo que mi abuela tampoco tuvo a su padre como tal, en realidad pudo dar bastante a sus hijas e hijos, a su familia. La abuela trabajo y se hizo cargo de esas hijas e hijos que desde muy pequeñas tuvieron que crecer para ayudar a su familia y sostenerse por sí mismas. “Sobrevivieron” a la ausencia de su padre y de una madre que estaba físicamente pero que tenía a su cargo a un hijo dependiente

totalmente de ella, y un apegó a la máquina de coser donde cosió uno y mil vestido, faldas, blusas y pantalones para alimentar a tantos, hijas e hijos.

Ahora sabemos que tampoco es garantía para estar bien y sanos tener a un papá y una mamá físicamente, porque a veces, es mejor no tenerlos. O tenerlos en esencia y lo mejor claro está, tenerlos físicamente, si ellos quieren estar. Por eso digo que lo que han tenido fue suficiente y lo necesario para poder valerse y construirse por sí mismos. Al nacer estamos solos, cuando morimos estamos solos, la soledad en realidad es nuestra libertad. Por qué nos da tanto miedo estar “solos”, solo no es no ver a nadie, ni disfrutar. Vivir solos y en libertad es estar con quien realmente queremos estar y compartir la vida con quien decide hacerlo al lado de nosotros, y no porque tenga que estar con nosotros.

Capítulo 3. Tus primeros años de vida.

Corría el año de 1932, era un martes 6 de septiembre cuando nació mi abuela Aura, en un lugar como el paraíso mismo, un lugar llamado Chapula, perteneciente al municipio de Cuica y entroncado en la zona de las cañadas oaxaqueñas. Entre olores de cafetos, de árboles frutales, de tierra húmeda, de amaneceres con neblina que parecía el mismo mar. Con impresionantes noches oscuras y un cielo estrellado, así fue ese lugar que acogió a mi abuela al llegar a este mundo y fue ese mismo lugar el que la abrazó para volverla a parir más cerca de ese paraíso.

Y en ese paraíso creció esa niña delgada, de cabello castaño claro y largo, de tez blanca y ojos verdes claros que al mirarlos daban tranquilidad, tenía una mirada compasiva, amable, que daba confianza, hacia hablar hasta las piedras con esa sonrisa contagiosa. Tenía una sonrisa bellísima enmarcada en unos dientes blancos parejitos como los maíces de las milpas de su pueblo. Sus manos pequeñas y trabajadoras, un cuerpo resistente para todo el trabajo que le esperaba. Y como muchas de las mujeres de campo tenían ya una historia trazada y de la niñez saltaría a la adultez abruptamente.

Cuando la registraron le pusieron el nombre de Martha y por una extraña circunstancia siempre le llamaron Aura y para mí lo fue toda la vida. En esa época al nacer mi abuela su padre le compró una máquina de coser Singer, la cual adquirió en Cuica, no me imagino como traslado el bisabuelo esa máquina hasta el pueblo de Chapula, seguro en mulas porque no había transporte o en avioneta, eso sí

había. Esa máquina ha sido histórica saco de apuros a mi abuela, con ella saco adelante como pudo a sus hijas e hijos en su momento.

Aura mi abuela, fue la segunda hija del matrimonio formado por Mateo y Dora, Matero era un profesor originario de otro pueblo, cuenta la tía Susana que no había fotografías, solo una y ella lo vio, “era guapísimo, mi abuelo era bien guapo y bien vestido”, sin embargo nunca más volvió a ver esa foto. Dora le hizo honor a su nombre hasta el último momento, en realidad era madre de todo mundo en especial de los desamparados, cuanto más de su parentela. Ella era originaria de Chapula, y se dedicaba al hogar, principalmente, pero también estaba a cargo del trabajo productivo, heredo de sus padres y de su propio trabajo algunas tierras, le gustaba el comercio, tenía sus peones y cuidaba de su ganado, su milpa, sus animales de traspatio y vendía café y maíz.

Cuentan las tías y mi madre que mis bisabuelos maternos tuvieron cuatro hijos: Amaury, Alberto, Eduardo y Aura. Bien a bien nadie sabe cuánto tiempo vivieron juntos en su primer matrimonio y sí se casaron como tal, pero lo que sí se sabe es que el bisabuelo Mateo murió en un pleito del pueblo, de esos que se acostumbraban antes, un...*“duelo de honor”*.... *“...se supone que la tía Máxima casada, comenzó a relacionarse con el esposo de su hermana Dora, mi bisabuela. Se da cuenta el marido de Máxima y reta a mi bisabuelo a un duelo, citándolo en el llano del pueblo y muere el bisabuelo de un balazo”* ..., quedando viuda mi bisabuela Dora, la madre de mi abuela.

Cuenta la tía Susana que mi abuela Aura le recriminaba a su tía *Máxima* el no tener papá.

Una vez viuda la bisabuela Dora, tuvo que asumir la responsabilidad completa en el cuidado de sus críos pequeñitos. La abuela no recordaba si le dolió la muerte de su padre, decía que era muy pequeña, y en realidad creo que al dolerle tanto, quiso olvidar los motivos por los cuales se había muerto. Tal vez lo vivió como un abandono quedándole un vacío inmenso, porque para bien o para mal, el padre y la madre son nuestros primeros objetos de amor, nuestra referencia en el mundo, en la vida.

Como parte del contexto social y político en México y en el pueblo de Chapula, se vivía la revolución, motivo por el cual la bisabuela al enviudar quedaba vulnerable no sólo en sus sentimientos, sino a la presa de cuadrillas que llegaban a robar, a violar a mujeres, a estacionarse y a atropellar a la gente del pueblo. Socialmente en nuestra cultura una mujer “no puede cuidarse sola” requiere un hombre, cosa que por fortuna ha cambiado en el 2018, gracias al movimiento de mujeres feministas. Sin embargo en esa época las mujeres no podían estar solas, necesitaban el “respaldo” de un hombre para darse a “respetar” y salir adelante. Así que la bisabuela se volvió a juntar con un hombre del pueblo llamado Andrés, ambos procrearon dos hijos, Iván y Rafael.

Todos vivían en la casa de la bisabuela, y tío Andrés como le decía la gente del pueblo se convirtió en el padre de los hijos del primer matrimonio de Dora. Mi

abuela decía: ... *“fue nuestro padrastro, pero siempre nos cuidó, fue bueno el abuelito, no hacía distinción todos éramos sus hijos”* ... Y como en toda familia de pueblo en ese entonces crecieron los hijos y siendo casi niños-adolescentes se juntaron para formar su propia familia, asumiendo tempranamente responsabilidades de adultos.

Para el 2009, solo vivían mi abuela Aura y Amaury. Eduardo, Alberto, Rafael e Iván murieron jóvenes. Desgraciadamente y sin saberlo, mi abuela los acompañaría en ese otro camino de la vida ancestral en el mes de octubre, irónicamente o cíclicamente en el mes de la fiesta que tanto disfrutaba, acompañada de la luna de octubre las más bonitas. En el 2010 sólo queda vivo Amaury, el cual tiene una fama de mala persona, de agresivo, convenenciero y de hecho los hermanos despojan de su herencia a mi abuela por machistas, por ser mujer... *“para qué quiere tierras si es mujer”* ..., decían sus hermanos. Aun cuando su madre le heredo tierras. A pesar de ser su hermano de padre y madre siempre la cuestiono, la sancionó, la humilló, no fue un buen hermano y a pesar de eso la abuela Aura siempre con ese carácter de una mujer fuerte, trabajadora, tenaz, con mirada tierna y de paz, bailadora y con esa sonrisa siempre contagiosa, nunca le guardó rencor, y siempre estuvo pendiente y entristecida porque su hermano y su familia no le hablaban. La abuela nunca fue rencorosa, y quien no guarda rencor es una persona libre.

La abuela no necesito la “herencia de su madre” porque ella aprendió a proveérselo por sí misma.

Por fortuna o por sabiondez de la vida quien sabía que pronto se llevaría a mi abuela para abrazarla en sus brazos. Hizo posible un reencuentro con su hermano Amaury en la última fiesta del 4 de octubre donde se reconcilio con la abuela, unos días antes de morir, lo saludo después de años de no hablarse, eso la puso muy feliz. Como seres humanos debemos aprender a perdonar para estar en paz, ella lo podía hacer, a eso le llaman compasión en el sentido más estricto de la palabra, no religioso y mi abuela siempre lo predico sin conocer nada del yoga o filosofía. Ella se sintió muy contenta de reconciliarse con su hermano, por lo menos tuvo un pendiente menos al marcharse.

Capítulo 4. La casa que albergó tú ombligo.

La abuela se recordaba de pequeña en casa de su madre y junto a sus hermanos, una casa siempre con gente fuereña, familia y del mismo pueblo. Dora la madre de mi abuela era una mujer muy conocida y querida, su casa estaba asentada en un terreno muy grande dentro del cual construyeron su casa, la cual era larga sin paredes al interno, aunque si con los espacios bien definidos y claro un tapanco donde almacenaban parte de los granos que producían.

Había un entre patio que separaba la casa de la cocina, como una extensión. La casa también tenía un corredor con una especie de banca pegada a la pared, donde los paseantes o la bisabuela se sentaban a conversar y descansar placenteramente cuando llegaba un visitante. Lo increíble de la casa de la bisabuela era que de cualquier punto donde anduvieras era visible todo el pueblo, el gran patio donde transitaban caballos, mulas de carga, vacas lecheras, gallinas, cuches, guajolotes y animales de traspatio.

Como en toda casa se guardan olores que se quedan impregnados en nuestra memoria corporal, emocional, de vida y también forman parte de nuestros vínculos familiares. La casa donde vivió mi abuela tenía olores y coloridos intensos. Hermosos cafetales que tiene un aroma especial, a humedad que te abraza y acurruca. Combinado con los olores de platanales, ríos que se rosan con piedras y tierra, madera de los techos, árboles frutales, leña quemada del fogón, café que

había a toda hora, carne seca, aguardiente, chocolate, condimentos, quelites, hongos, animales de traspatio, flores de todo tipo y colores.

Visualmente y en su corazón también se quedaron impregnadas las imágenes de cerros inmensos, neblinas melancólicas y un cielo estrellado que hace temblar las rodillas porque ante esa naturaleza impresionante te das cuenta que sólo somos polvo de estrellas y un maravilloso milagro de la vida. De igual forma mirar los pisos hechos de petates llenos de café para asolearlos y llevar a cabo su proceso para molerlo y venderlo. El colorido del café va cambiando conforme va pasando su proceso desde el color verde con su pulpa, pasando al color rojo sangre, después al color café diverso según al tipo de café que pertenezca, y luego en su presentación ya molido. Las máquinas en el patio y los peones interactuando todo el tiempo con toda esa diversidad familiar.

La abuela, se acostumbró a interactuar con los animales de traspatio, el perro, los chuchos, las plantas a quienes les mostraba afecto, les hablaba como si fueran personas, los regañaba por haber hecho una de las suyas o no respetar la comida de sus compañeros. En los recorridos largos cantaba o chiflaba para no ser sorprendida por alguna culebra, aunque mi abuela era muy valiente y las enfrentaba. La abuela recordaba que de pequeña su día iniciaba cuando se ordeñaban las vacas, así que el desayuno indudablemente se hacía con la ordeña de leche fresca, la cual también aprovechaban para elaborar quesos para la familia y para vender. La abuela cuidaba las vacas, ayudaba a moler el maíz para las tortillas desde pequeña. En los pueblos la infancia no es una etapa, transitan inmediatamente a

las responsabilidades adultas, las niñas ayudan a las labores domésticas y los niños se van al campo a apoyar a los adultos.

Capítulo 5. Hilvanando a tú padre ausente.

Cuando le preguntaba a mi abuela de su padre, no recordaba gran cosa, sólo tenía una foto de él. Ella era muy pequeña cuando murió su padre y lo poco que supo fue lo que mi bisabuela le platicaba y lo que escucho después en el pueblo de él, lo cual me parece muy fuerte saberlo a su corta edad.

Esta pérdida me parece que marcó a mi abuela, y luego a mi madre y fantasiosamente a mí y a toda mi familia en la línea materna, diría Freud compulsión a la repetición en la familia. Desde las constelaciones familiares, dirían cargamos y nos aliamos con cosas que no, nos corresponde.

No habrá mayor dolor en un ser humano y en su mente que el sentirse “abandonada” por un padre, o una madre según sea el caso. Viene a significar en la fantasía la pérdida de la confianza en sí misma, del ser querida, cuidada, merecedora de alegrías y cosas.

En la mente la fantasía que se crea es: si mi padre me abandono cualquiera lo hará en la vida, y una termina abandonándose también y haciendo que la gente que queremos nos abandone para no extrañarla y para pensar que quien primero la abandono fuimos nosotros y no ellos. Eso es más soportable para la mente.

Que duro es vivir bajo esta idea, con este vacío. Por eso, por ese miedo a perder, a no tener, a la “soledad” una prefiere vivir con alguien a sabiendas que no

está feliz a nuestro lado, a alejar de manera inconsciente a sus seres queridos o bien optar por la soledad, cualquiera de estos casos es preferible antes de volver a sentir el abandono.

Claro no siempre es garantía en la vida tener al padre y a la madre, a veces es preferible no tenerlos, sin embargo, en la construcción de cualquier ser humano siempre será importante tener figuras que si no son el padre y la madre real, si algo que los represente, porque nos guste o no, es a partir de estas figuras que aprendemos a relacionarnos con los demás, a establecer nuestros vínculos, y lo que nos determinara en todas las relaciones que tengamos en la vida y en el trabajo, con la pareja, hijos e hijas y familia.

Contaba la abuela que cuando ella nació, su papá fue a comprarle una máquina de coser, era la costumbre cuando nacía una niña, era como proveerle desde su nacimiento la posibilidad de que aprendiera un oficio y se valiera por sí misma, lo cual ya traía una carga muy pesada y una encomienda. También podríamos abonar a los estereotipos y roles asignados a las mujeres a las cuales culturalmente se nos asigna procrear, cocinar, limpiar, cuidar y demás. Sin embargo, en aras de no ver sólo lo negativo, la máquina es un instrumento que nos permite coser ropa, la cual sirve para cubrir amorosamente a los que queremos. Y déjenme decir que así fue la vida de mi abuela.

Y bueno, dicho oficio por fortuna saco de apuros a mi abuela durante una etapa de su vida. Cosiendo ropa pudo vestir a sus hijas e hijos, así como vestir a

mucha gente del pueblo, todo el tiempo la gente le llevaba “los cortes” de tela para que les hiciera, el vestido, la falda, la blusa, el pantalón. Con eso mi abuela pudo mantener a su prole cuando mi abuelo se fue de la casa a iniciar una nueva familia.

Mi bisabuelo tal vez ni se imaginó lo que le ayudaría esa máquina a mi abuela en un futuro. Mi madre y mis tías más grandes me parece que odiaron a esa máquina en sentido figurado claro, dice mi madre que la abuela se sentaba a trabajar en ella día, tarde y noche, y claro también se sintieron desplazadas por una máquina de coser. Y no era para menos ese ritmo de trabajo, si pensamos en que tenía que alimentar a nueve hijas e hijos, no había manera de que fuera de otra forma. En tanto, las hijas más grandes, que en realidad eran pequeñas tenían que asumir las responsabilidades domésticas y cuidados maternos, digamos trabajo en equipo y colectivo para salvaguardar a la familia.

La costura siempre ha estado presente en mi vida, mi abuela que desde que nací me hacía ropa, toda cosida a mano ¡que privilegio!, su máquina Singer se la heredó a mi madre quien también fue una artista para costurear, nos hacía ropa a mi hermana y a mí. Es todo un arte hacer la ropa a tu medida. Tal vez sin querer esa fue la herencia del bisabuelo para mi abuela, “haz tu propia ropa, como a ti te guste, puedes valerte por ti misma y tu creas tu entorno”.

Ahora mi madre también les costurea algún vestidito a sus nietas. Su máquina hace años rezagada la actualizo y fue entonces cuando esa adorada máquina de la abuela paso a mi casa, mi madre me la heredo. Yo hago pininos pero

nunca he cortado y cosido un vestido, aunque me encanta la ropa, tocar las texturas, mirar los colores, son mañas y tal vez es una forma de sentir los vínculos de manera inconsciente, la ropa es como la piel de cada persona.

Es impresionante lo que te dice la ropa de las personas fuera de todo glamur, la vestimenta es lo que finalmente te cubre y te protege del ambiente. Claro ahora que lo he estudiado sé que la vestimenta, la ropa tienen que ver con el vínculo con mi madre. También sé que la labor de mi abuela era vestir, cubrir proteger con vestimenta, la cual simboliza otra piel, yo hasta ahora lo entiendo tal vez si nunca hubiera comenzado mi análisis sólo lo tendría como un dato histórico y peculiar. Y eso es algo que ahora me parece bonito saber, me siento apapachada, mi abuela me hizo no uno, sino varios vestidos literalmente a mano. Aún conservo a estas alturas de la vida algunas piezas que me hizo cuando aún no cumplía un año. Las telas me encantan en sus estampados pero sobre todo en su textura, una busca en lo que se pone esa protección y calorcito tibio que nos dé seguridad en la vida y claro está, también llenar vacíos, de ahí el síndrome del closet lleno de ropa y la frase: “no tengo que ponerme”.

La forma en que mi bisabuelo murió ha trascendido a varias generaciones y no en una forma muy positiva pero habrá que agradecerle que gracias a él y Dora nació mi abuela materna.

La forma en que murió el bisabuelo fue en un duelo a balazos, algo bastante tonto para nuestra época y para la suya una cuestión de honor entre “hombres”.

Este hecho sello en nuestras mentes la idea de que tenemos que morir por amor, que el amor es igual a sufrir, que las mujeres tenemos que pelear todo el tiempo con otra mujer para tener un hombre a nuestro lado. Que el hombre de nuestra vida nos tiene que agredir como símbolo de su amor. Y por otra parte los hombres de nuestra familia tendrán que sufrir por culpa de ese hombre que ni siquiera conocimos, pero que nos lastimo, nos humillo, nos despreció, nos abandonó y de alguna manera las mujeres de nuestra estirpe tenemos que negar a los hombres para no necesitarlos por si piensan abandonarnos. Paradojas de la vida.

Le devolvemos al bisabuelo el enojo y la rivalidad entre hermanas por el amor de un hombre. En la fantasía nos peleamos por el amor del padre, pero cada una de las mujeres de mi familia tendrá que renunciar al amor del padre para poder darle un lugar al hombre que nos acompañara en la vida.

Por parte de Dora se nos quedó grabado que las mujeres de su estirpe somos fuertes y autosuficiente, pero necesitamos a un hombre para ser visibles, tal vez tendríamos que cambiarnos el chip y pensar en “el tener” un hombre a nuestro lado no sólo para sentirnos seguras, sino por la posibilidad de crecer, aprender, compartir, crear y engrandecernos ambos y a las próximas generaciones.

También se nos quedó grabado que las mujeres de mi estirpe vengaremos la ofensa realizada a la bisabuela, los hombres que estén a nuestro lado tendrán que sufrir y pagar lo que el bisabuelo le hizo a la bisabuela.

Según las constelaciones familiares alguien también asumirá el papel del bisabuelo y algunas el papel de las dos hermanas que pelean eternamente, literalmente “a muerte”.

Esto, no nos corresponde bisabuela, eso es tuyo y tú lo tendrás que solucionar. Yo te amo y tomo tu fortaleza de mujer, tu inteligencia y tu autonomía, pero no puedo seguir cargando tu odio hacia mi bisabuelo, de ese hazte cargo tú, te lo devuelvo, tú ahora sabrás que hacer con él. Yo quiero formar mi propio camino a partir de tu sabiduría y de las siete generaciones antes, siete generaciones después. Te pido me ayudes a encontrar el camino para comenzar con relaciones saludables, amorosas y de respeto y terminarlas cuando no sea así.

No tenemos que seguir viviendo mendigando el amor, no tenemos que seguir sufriendo y “muriendo por amor”. El amor adulto, sano es incondicional y no lo podré encontrar en tanto yo no me lo pueda dar a mí misma. El verdadero amor goza amando. El verdadero amor no quiere cambiar al otro, no lo controla, nuestra necesidad de controlar es por tener una baja autoestima, controlar es la única manera de saber que el objeto amado no nos abandonara. El objeto amado cuando se deja libre decide quedarse.

El verdadero amor no castra al otro, no maltrata al otro, lo impulsa, lo acompaña. El verdadero amor nos permite no sentirnos vacíos. Se decide vivir con alguien por amor y no para no estar sola, cuando obligo a alguien a permanecer

conmigo por los hijos lo castro, y despliego mi odio hacia esa persona, hacia esos hijos e hijas, y hacia mí. Eso no es amar.

Debemos amarnos a nosotras mismas y a los hombres que nos han acompañado en la vida, por supuesto a los varones de la familia.

Capítulo 6. Tú vínculo materno.

Fuiste la única hija mujer del linaje materno, seguramente tu ombligo fue enterrado, probablemente en la cocina o en algún lugar de la casa. Es un dato que no tenemos, pero por la historia lo podemos inferir. Aprendiste el oficio de ser mujer, tu madre te enseñó todo lo que “deberías” saber de las labores hogareñas, cuidados y actitudes. El resto seguramente lo fuiste aprendiendo en la práctica.

Tu vínculo con tu madre como el de cualquiera, es muy fuerte nos hayan deseado o no, compartiste su cuerpo, el alimento, sus miedos, sus angustias, sus tristezas y sus deseos más profundos buenos y malos. Estuvieron conectadas durante nueve meses hasta que “tuviste” que renunciar a seguir habitando su vientre, a seguir comiendo y viviendo a través de ella. No es cosa fácil créanlo, destetarse cuesta un ovario y la mitad del otro, y para los hombres hijos otro tanto.

Este es uno de los dos vínculos fundamentales en la construcción de nuestras vidas. Para bien o para mal la imagen inconsciente que tengamos de mamá y papá es lo que dictará nuestro vínculo con todo lo que hagamos en la vida, así que habrá que trabajarle mucho para que las próximas generaciones sigan rompiendo y cambiando el patrón que venimos arrastrando desde la bisabuela, en beneficio de la salud mental de la familiar y su florecimiento.

Creo que mi abuela nunca pudo desprenderse de su madre, aun muerta la extrañaba mucho, era parte de ella, era como si ella misma se hubiera muerto. Y

cómo no, si al perder a su padre era lo único que tenía en el mundo, también a sus hermanos y a la pareja de la bisabuela, pero no era lo mismo. Nadie podía suplir a su Nanita como ella le decía. Siempre la necesito, decía la abuela que no se ...“*conformaba*”... con su muerte y se le quebraba la voz y sus ojitos lagrimeaban.

Mi abuela hablaba de su madre como una mujer cariñosa, noble, fuerte de carácter, bondadosa, y generosa con toda la gente y no se diga con su familia, a sus nietas y nietos siempre las procuro y les dio “un taco dicen ellas” y un espacio en su corazón y en la vida. Más que su abuela era su mamá y también le llamaban Nanita.

Me parece que mi abuela sentía nostalgia al recordar su casa materna, se quedaba pensativa y me decía que toda la gente de otros pueblos religiosamente pasaba a casa de Dora antes que a cualquier lugar. Le llevaban presentes como huevos, tortilla, plátanos, y cosas de esas. Así que la bisabuela siempre tenía un plato de comida, y café con pan para darles mientras descansaba un rato y platicaban para después seguir con su camino al pueblo.

Decía mi abuela que Dora los quiso mucho, tal vez porque los consideraba huérfanos de padre, sin embargo también comentaba que su madre no era apapachadora, no solía acariciarlos mucho, era más bien demostrativo su afecto, a través de la comida que preparaba, el cuidarlos y hablarles todo el tiempo. Recordaba mi “*abue*” que Mamalola se enojaba con ellos cuando se perdía un pollo o se rompían los trastes, entonces si le salía el apellido paterno.

Contaba mi abuela que su mama nunca hizo diferencias entre hombres y mujeres, sin embargo, por lo que contaba la cultura es la cultura patriarcal y las actividades domésticas las asumía la bisabuela y mi abuela, los hombres no molían, ni hacían tortillas, ...*“ellos trabajaban en el campo”...y...“las mujeres hacían trabajito de la cocina”...y “lavaban y planchaban la ropita de los hermanos”...* Esto era prioridad en ese entonces, no la escuela.

Por ello, mi abuela como tantas otras mujeres de su época no pudieron ir a la escuela, cambio los cuadernos y los lápices por un marido y los hijos, pese a que ella quería estudiar. Bueno en realidad no los cambio, eso hablaría de la posibilidad de elegir, y ella no pudo elegir, ya que mi abuelo se la robo y aun cuando mi bisabuela intento recuperarla, *“quitársela a mi abuelo”* no se pudo. Mi abuelo y abuela ya se habían enamorado, así que volvieron a juntarse y construyeron su propia familia.

Sin embargo, al cabo de unos años se terminó el idilio, o mejor dicho cambiaron las cosas. La abuela como toda mujer en esa época tenía hijos e hijas casi cada dos años y después se convirtió en jefa de familia, una familia bastante extensa conformada por 6 hijas y 3 hijos. Después mi abuela tuvo otra hija con otro hombre del pueblo, sumando así 9 bocas que alimentar. Nada fácil la tuvo, porque mi abuelo aun viviendo en el pueblo no supo, no quiso o no pudo asumir su responsabilidad, en palabras de mi abuela... *“sabrás dios que paso por su cabeza”...*

Aquí Dora salió al quite y ayudaba en lo que podía a mi abuela y a sus hijas e hijos. Siempre estuvo pendiente de su hija y de toda su plebe.

Como es sabido los problemas rebasan al amor, porque cada uno ama de manera diferente, hombres y mujeres, y cada persona en particular, amamos desde nuestros miedos, nuestras angustias, nuestros vacíos, desde nuestras posibilidades, o bien, preferimos no amar y alejar ese sentimiento de nuestro vocabulario y de nuestras vida.

Finalmente, la abuela y la bisabuela vivieron en el mismo pueblo, siempre cercanas, acompañándose una a la otra solidariamente. Y tal vez cuando mi abuela se enteró de que moriría, aun cuando no se lo dijeron, en su fantasía pensó en la posibilidad de volver a ver y estar juntas otra vez. Para no sentir esa vacío dentro de su cuerpo y corazón.

Seguramente, ahora están juntas y desde donde están nos enviarán luz y fuerza para que estemos lo mejor posible. Dejándonos la posibilidad de seguir reproduciendo los mismos patrones o bien cambiarlos y contribuir mejorando a nuestra familia. Nos han heredado la fortaleza del ser mujer, la independencia y la posibilidad de salir adelante. Nos enseñaron que el trabajo nos hace dignas y buenas personas y en nosotras está el no tener miedo a triunfar y entender que nos merecemos estar en una mejor posición económica sin sentir culpa. Lo merecemos, nuestra familia se lo merece. Nos enseñaron a perseguir nuestros sueños y romper

reglas, aun cuando no seamos bien vistas, porque después seremos bien vistas
justo por demostrar que si se puede.

Capítulo 7. El nacimiento de Tacho.

A mi tío Manolo le llamaban Tacho. Él nació bien decía mi abuela y después de tiempo le comenzaron las epilepsias, sin embargo también describe que cuando nació Tacho, la partera le dijo que venía con el cordón umbilical envuelto en su cuello, no fue un parto fácil hemos de suponer. Técnicamente sabemos que en esas circunstancias el cerebro no se oxigena y hay un daño de diferente grado según cada caso.

Tacho fue un bebe, un niño, un adolescente y un adulto autista con epilepsia desde que nació, se decía que: ... *“Viviría poco”* ... sin embargo nunca fue enfermizo y fuera del autismo y la epilepsia estaba muy bien, era un ser libre que vivió hasta los cincuenta años. De hecho literalmente enterró a mi abuela y vivió dos años más. El autista es repetitivo y aprensivo de los objetos, lo cual le da seguridad. De ahí que pensamos que la pasaría muy mal cuando mi abuela muriera.

Sin embargo no fue así, vivió con mi Tía Susana y él se sentía seguro con ella, con ninguna más de sus hermanas y hermanos, lo podía estar, bueno sí con Julieta también pasaba lo mismo.

El nacimiento de Tacho no fue fácil para mi abuela, de pequeñito no había problema, pero de adolescente-joven era muy complicado, porque como familia no estábamos preparados y creo que nunca lo estuvimos, no sabíamos cómo actuar. Se formó una diada entre Tacho y mi abuela, estuvo en su vientre nueve meses y

después cuarenta y ocho años a su lado. Me pregunto cómo lidia una mujer con el ser jefa de familia, con el desprenderse de sus hijas para que ayudaran a la manutención de la familia, un hijo autista y sus propios conflictos personales. Es de admirarse porque supongo que no es nada fácil.

Tacho fue un “bebe” todo el tiempo, y había que bañarlo, llevarlo al baño, darle de comer con supervisión, atender sus epilepsias y darle sus medicamentos todo el tiempo, entre otras cosas.

Una de las ventajas si podemos llamarle así es que podía andar por el pueblo sin problema, justo entre los cafetales, el río y los frutales iba y venía, era libre, se podía quedar sentado en cuclillas durante media hora sólo observando y emitiendo sonidos. Algo curioso es que se acordaba perfecto de dónde vivía, porque siempre regresaba a la casa de mi abuela, o de pronto la gente le decía: “Tía Aura “Tacho anda por la iglesia” y ya bajaba mi abuela por él o enviaba a alguien. Por fortuna nunca supimos que le picara una víbora o algún animal lo cual se agradece. Digamos que de alguna manera lo cuidaba la comunidad del pueblo.

En la familia creo que nunca terminamos de acostumbrarnos, pero a la vez era impactante para todos y en realidad creo que hasta la fecha no hemos superado esa sensación de ver a Tacho envuelto en ese autismo, el presenciar sus epilepsias fue una sensación triste, de impotencia, de mirar a un ser humano querido tirado en el piso, no teniendo el control de su cuerpo y después dormido aletargado con la mirada fija, mucho más ausente, casi muerto. Ahora con el tiempo creo que de

alguna manera algunos vivimos así sin darnos cuenta y sin un diagnóstico de autismo.

El verlo como alguien diferente, y sentir el rechazo al interior de la familia y por los ciudadanos al verlo en la calle, o clásico con los niños porque lo “*veían raro*”, era muy duro. Él por suerte no lo sentía pero nosotros lo fuimos cargando como familia, sin entender cómo superarlo, tal vez hasta avergonzados. Claro, tal vez él asumió el síntoma del episodio del bisabuelo que muere por querer a dos hermanas, lo cual es un hecho vergonzoso, fuerte. Lo cual dejó marcada a la familia. Nuevamente ese hecho es de ellos tres y se los devolvemos, nosotros no tenemos por qué asumirlo, ni juzgarlo, pero sí nombrarlo para sanarlo.

Crecimos escuchando frases como: qué tiene ese señor mamá, porque no habla ese señor mamá. O bien, sintiendo las miradas de miedo de la gente, de rechazo, no es cosa fácil. Ahora la cosa ha cambiado mucho por fortuna, pero a decir verdad no era fácil lidiar con todo lo que se movía de manera personal y familiar.

No podían faltar los celos inconscientes de competencia entre los hijos y las hijas, Tacho en la fantasía desde antes de nacer y hasta su muerte se quedó con el amor de la madre, porque la madre fue incondicional para él. Raúl el hijo de mi abuela siempre se sintió poco visto y cuidado por ella, aun cuando se convirtió en el hombre de la casa, rol que por supuesto no quiso asumir ya que eso alejaría mucho más a la madre, permaneciendo como niño la madre de vez en cuando lo

miraría, esto de manera inconsciente. Ya que haber perdido primero al padre y después a la madre sería algo muy fuerte de resistir.

Intentando pensar en lo que nos generaba Tacho, tal vez nos ponía en shock su diferencia, pero también “su indiferencia” y la invitación inconsciente a mirar hacia nosotros mismos de manera introyectiva. Había culpa de alguna forma de manera inconsciente y eso hacia tal vez que nos acercáramos y jugáramos con él, que le hiciéramos bromas, que imitáramos sus sonidos como una forma de comunicarnos, y que con el tiempo lo viviéramos como un ser especial al que también defendíamos.

En el inconsciente colectivo defendíamos al vulnerable, al que “no podía”, al necesitado, al que había que ayudar, al juzgado, al incomodo, sin saber que todo eso éramos cada miembro de la familia, así nos hemos vivido de cierta forma. Por eso llego un momento en que lo “defendíamos” y en realidad era defendernos a nosotros mismos. De ahí que nos cuesta mucho sobresalir, y sentirnos felices y plenos. En nuestra mente talvez hay un cassette que nos dice cómo podemos estar saludables y disfrutar de la vida si un miembro de la familia “está enfermo”, algo tenemos que hacer para cargar esa culpa, y nos salió bien canalizarla porque somos una familia enferma, todos tenemos algo de por vida, ya que es la única manera de compensar la culpa del bisabuelo y la culpa de la enfermedad del tío Tacho.

Mucha gente en su momento y creo que hasta la propia familia en algún momento pensó que el nacimiento de Manolo mi tío Tacho, fue un castigo de Dios hacia mi abuela, y nos preguntaríamos ahora castigo de qué, de intentar vivir, de

permitirse sentir, acaso no era demasiado “castigo” perder a un padre en las circunstancias en que lo perdió. Creo ahora que los castigos no existen pero la mente es tan poderosa que hace posible que una persona camine entre la tristeza o entre la felicidad o bien entre ambas.

Finalmente creo que Tacho vivió en cincuenta años lo que tenía que vivir, nos enseñó lo que teníamos que aprender, a convivir con la diferencia y hacerla parte de nosotros, nos dejó muchas cosas en qué seguir pensando. Tal vez tendríamos que preguntarnos cuáles son los aprendizajes que nos dejó su presencia en la familia.

Capítulo 8. Adiós escuela, bienvenida la familia.

Prosiguiendo con la historia de mi abuela, cuando le pregunte si había ido a la escuela, ella decía que no fue porque eran pobres. En realidad si era la única mujer de la familia, más bien tenía que ayudar a las labores de la casa, hacer la comida para todos los peones que trabajaban la tierra de Dora, su madre. Era una época en que la escuela no era para las mujeres y se veía como una pérdida de tiempo, habiendo tanto trabajo en la casa. La verdad es que pobres, no eran, Dora tenía una posición holgada, la bisabuela tenía tierras y sembraban diferentes productos: frijol, maíz, café, también tenía animales de traspatio, caballos, vacas. Contrataba peones para las siembras y cosecha, literalmente se dedicaba al comercio y le iba muy bien económicamente hablando.

Después de algunos años, ya desfasada escolarmente hablando, mi abuela finalmente comenzó a ir a la escuela de analfabetas. Le gustaba pero ya no siguió porque apareció el abuelo Juan Jacinto, quien se la robo literalmente, como se acostumbraba en ese entonces. Nunca se imaginó cómo sería su vida. Mi abuela por supuesto no conocía los cuentos de príncipes azules y princesas, en los pueblos el amor y el emparejamiento era otra cosa. En ese entonces no había posibilidad de elección, la circunstancia era que a partir de los 12 años las niñas ya eran mujeres y podían emparejarse. Ella tenía 15 años y mi abuelo le había estado enviando cartas con un vecindado del pueblo, que además de darle las cartas le hablaba bien de mi abuelo diciéndole que era un buen partido para emparejarse.

Mi abuela no prestaba mucha atención a esos comentarios, ella no pensaba en el amor o en enamorarse siquiera, estaba emocionada con la escuela y hasta ese momento no había tenido novio, ni lo pensaba remotamente. Mi abuela cuenta que ya conocía al abuelo Juan Jacinto, porque todos se conocen en el pueblo, pero ella lo veía como a cualquier otro hombre... *“maduro, grande y viejo”*... *“yo lo veía lejano y no me interesaba”* ... decía mi abuela.

Mi abuelo no era un príncipe azul aunque si un guapo, y literalmente llegó a caballo donde espero hasta que mi abuela saliera de la escuela para llevársela. El abuelo convencido de lo que quería se la robó literalmente y se la llevó a su casa donde también vivían su madre y su hermana. Mi abuela decía: ...*“cuando me robó el abuelo Juan Jacinto lo hizo a la mala”*...*“yo era muy chava, me llevó a la mala porque yo estaba chiquita todavía no tenía suficiente edad, tenía 15 años, y me subió al caballo”*...

Mi bisabuela cuando se dio cuenta del robo de su única hija, demandó a mi abuelo y hasta lo encarcelaron. De esa forma regreso mi abuela a la casa materna, pero no duró mucho el gusto ya que mi abuelo volvió a llevarse a mi abuela, y ante la insistencia del abuelo, ni mi abuela, ni su mamá hicieron ya nada. Y comenzaron su vida marital.

Decía mi abuela que el abuelo era dulce al principio, pero después se volvió muy peleonero, de todo reclamaba a la abuela y discutían, mi abuela decía que a la mejor le hicieron brujería al abuelo porque su suegra no la quería. Cuando peleaba

el abuelo con la abuela se iba mi abuela con su madre y después de tantas veces de plano se fueron a vivir a casa de la bisabuela. Esto porque mi abuelo la llevo a vivir a la casa donde vivían su mamá y su hermana. Algunos dicen que estaba embrujado mi abuelo para que no estuviera feliz con mi abuela, a saber, no sabemos qué pasó. El caso es que para ese entonces ya vivían en la casa de la bisabuela, y ésta tratando de ayudar a mi abuela, le cedió un pedazo de terreno para que construyeran lo que hasta el último momento de mi abuela fue su casa. En este lapso mi abuelo regreso y construyeron la casa, pero después de un tiempo volvieron a discutir todo el tiempo y finalmente se separaron.

Con todo y que fue robada mi abuela, cuando hablaba del abuelo Juan Jacinto, se le iluminaba la mirada, y sus mejillas se ponían rojitas, en realidad lo amo toda la vida y le dolió mucho su partida. Y cómo no, si además de todo se quedó a cargo de sus 10 hijos e hijas, cinco mujeres, tres hombres vivos y dos muertos, un hombre y una mujer. Cómo hacerse cargo de estos hijos en lo económico, en lo emocional, en preguntarles cómo estaban viviendo esta separación. Bueno eso tampoco se preguntaba antes. Ni a mi abuela, ni a sus hijos e hijas les dio tiempo de pensar en cómo se sentían, tuvieron que arreglárselas y crecer de fregadazo y asumir más responsabilidades de las que de por si tenían a su corta edad. ...*“ya tenía a todos mis hijos, mi José ya no me acuerdo cuantos años tenía cuando lo dejo su papá”*... estaba chiquito mi hijo, decía mi abuela.

Contaba la abuela que de pronto fue insoportable la relación con mi abuelo, todo el tiempo eran pleitos, gritos, regaños y lo mismo con los hijos. Mis tías

mencionan que descansaron el día que los abuelos se separaron, fue muy triste para todos pero bastante más relajado que escuchar gritos y pleitos. Con todo y el amor que al principio se tuvieron los abuelos no fue lo suficientemente feliz, ya que la familia de mi abuelo su mamá y su hermana peleaba mucho con mi abuela y en ocasiones hasta la correteaban de su casa.

El amor de mis abuelos duro unos años, bueno eso creíamos, porque en realidad persistió hasta el último día de sus vidas. Eso es inexplicable, por qué los seres humanos aun amándose con el alma se separan, podrá más el orgullo, el pensamiento, los miedos, que el corazón, *a saber*. Bueno ahora sé que el inconsciente y las alianzas nos predeterminan.

Poco o mucho tiempo que vivieron juntos lo utilizaron muy bien, el primer embarazo de mi abuela fue a los 16 años, se dio cuenta que ya no menstruaba y se... *"fue a apretar"*... porque así era la costumbre. La partera le dijo que estaba embarazada y eso le dio mucho miedo a mi abuela y cómo no si la responsabilidad y el hacerse cargo de otro ser apanica a cualquiera, mucho más siendo una jovencita.

Ahora sé que se amaron a su manera, con sus miedos, sus faltas, sus alegrías y ausencias. Se amaron profundamente, y a decir verdad siempre mantuvieron una relación cordial, tanto que hasta el último momento se visitaban en sus respectivas casas para echarse una platicadita. Tal vez se extrañaban y por eso

a los cinco meses de muerta mi abuela (el 7 de octubre de 2009), mi abuelo tomo camino el 29 de marzo de 2010 para reencontrarse con ella, y ahora están juntitos.

Y bueno, así se tejió la historia de mi abuela y mi abuelo, justo cuando mi Abuela iniciaba a conocer las letras, de sopetón tuvo que aprender a formar una vida en común, de pronto se vio envuelta entre llantos de niñas y niños, ya no eran los cuadernos y los lápices de colores los que tenía entre sus manos, eran hijos y más hijos. A los dieciséis años ya era madre de su primera hija y de ahí hasta a completar los nueve vivos y los dos que murieron. Después de separada tuvo otra hija Julieta, con un vecindado del pueblo, todo el tiempo estaban juntas, hasta que Julieta decidió formar su familia y se fue un tiempo del pueblo, pero no resulto y volvió a la dependencia con mi abuela.

Las letras quedaron atrás y la realidad cada vez era más complicada entre el cambio de su cuerpo en cada embarazo, el crecimiento de las responsabilidades, el pensar si hubiera tenido otra opción de vida y relación, supongo que no fue fácil para la abuela. Mucho menos cuando se quedó a cargo de toda su plebe.

Mi abuela nos enseñó a querer al abuelo y de manera muy adulta a no juzgarlo, finalmente el pleito al inicio de su relación fue entre ellos no con las hijas e hijos, y las nietas. Y ella siempre habló cosas bonitas del abuelo, claro también de los encontronazos que tuvieron, pero siempre hablaba de él con sonrisas y le decía el abuelo Juan Jacinto. Nunca dejó de nombrarlo y de vez en cuando se echaban una platicadita, a saber de qué hablaban, ella decía que de chismes del pueblo.

La abuela no sabía leer ni escribir, pero siempre le dictaba a alguien sus palabras para mandarnos cartas, siempre lo hacía, ella decía: ...“*mandar razón de mí*”... Aún tengo algunas y aunque breves son preciosas, la forma tan respetuosa que utilizaba para decirnos las cosas, amable siempre.

Finalmente la parte lúdica de la abuela fueron las fiestas, en especial la del 4 de octubre era la más esperada para vender pero también para bailar y divertirse, esa era su fiesta preferida hasta el día de su muerte, tal vez presentía su partida y quiso irse a su pueblo, a lo que sería su última fiesta terrenal, la cual la disfrutó muchísimo. La utilizó para despedirse del pueblo entero, literal y cerrar ciclos sin saber que lo estaba haciendo. Quienes la vieron comentaron en su funeral que estaba muy feliz. Mi abuela siempre fue una mujer alegre y sonriente, así la recordaré siempre.

Capítulo 9. El abuelo Juan Jacinto.

Mi abuelo, Juan Jacinto es el más pequeño de 3 hermanos, antes están Procopio, Matilde y Aurora, conocida como Tilola. Nació el 17 de diciembre de 1949, sus padres fueron Crescencia y Máximo.

Mi abuelo y su familia siempre vivieron en el pueblo de Chapula, hasta el último día de su muerte. El abuelo fue un campesino de sus tierras, como todos los hombres en el pueblo se iba muy temprano y volvía ya en la tarde, eso era el transcurrir de la vida. Si bien trabajo la tierra, lo suyo fue la escritura y su eterno cargo de secretario en la presidencia municipal, porque era el único que sabía escribir y leer. Durante muchos años, alguna ventaja debía tener el... *“ser letrado”*... como él decía. Ese oficio le permitía leer y escribir, interactuar con toda la gente.

Era un hombre que soñaba con el mundo externo, siempre interesado con lo que había más allá de las montañas que cubrían el pueblo, sin embargo nunca quiso vivir fuera de su terruño, de su hermoso pueblo. Le gustaban los mapas y explicarnos todo el mapa de la república y acotar en donde se ubicaba Chapula. Recuerdo su mapa pegado en la pared de su casa frente a su máquina de escribir y su escritorio, creo que nunca lo renovó.

Le gustaba todo lo que pudiera llegar a sus manos y fuera leíble, de pronto él encargaba cosas con los que salían de compras fuera de Chapula. Leía las pocas revistas o periódicos que esporádicamente llegaban al pueblo. El periódico por

supuesto siempre estaba rezagado de noticias, pero no importaba, decía: lo impórtate era leer lo que pasaba en otros lugares.

Él nunca quiso salir de ese paraíso terrenal donde tenía todo, frutas, cafetales, ríos, frijol, maíz, arboles, tierra, un cielo estrellado, un sol apapachador, una neblina impresionante que conforme iba amaneciendo destapaba poco a poco a su pueblo anidado entre grandes montaña, un verdadero paraíso.

Cuando todavía vivían juntos el abuelo y la abuela venían a México por temporadas a visitar a mi madre y a mi padre, aprovechaban para comprar cosas, ver a mis tías o a familiares del pueblo que ya vivían en la ciudad. Iban al doctor, paseaban o convivían con la familia de mi papá.

Cuando yo nací, llegaron un mes antes para cuidar a mi madre antes y después del parto. Mi padre le propuso en algún momento a mi abuelo venirse a la Ciudad, pero al abuelo no le gustaba el asfalto y la falta de naturaleza, faltaban esos olores, sabores de la comida fresca y la libertad que un espacio abierto deja a todos sus habitantes, la ciudad oprime y limita un poco a quien tiene alma libre.

El abuelo fue todo un personaje y además de hacer y redactar documentos administrativos de la presidencia municipal, justo porque sabía escribir a máquina, a veces le pedían que escribiera cartas de...“*Cupido*”..., antes se estilaba que algunas personas buscaran a alguien *Un escribano* para que redactaran las confesiones de amor, o una carta a un familiar lejano, eso lo gozaba mi abuelo y por

supuesto se enteraba de muchas cosas. Siempre fue muy discreto o en realidad tampoco hablaba tanto mi abuelo, pero de lo que no se habrá enterado.

Mi madre me contaba que de pequeñas las cargaba y era cariñoso con ellas, que más grande les contaba historias. Y que cuando las enviaban a los mandados, les decía que si tenían miedo en el camino cantaran o chiflarán.

Recuerdo mucho unos libros con los que aprendió a leer mi abuelo en su tiempo, supongo fue en la época de José Vasconcelos a cargo de la SEP y Álvaro Obregón como presidente. Eran unos libros muy bonitos, pequeños y de pasta gruesa. Los cuidaba muy bien, le dio un lugar especial parecido a un nicho y los envolvía en alguna mantilla, nos lo mostraba y los volvía a guardar como quien cuida un tesoro. Contenían literatura clásica como el quijote, la divina comedia, autores como Sófocles, Platón entre otros. En realidad la política educativa de esa época invirtió en promover la lectura y la cultura universal de la sociedad y lo mejor es que mi abuelo aprendió a leer esa literatura.

El abuelo se volvió a juntar con otra mujer del pueblo y procreo otro tanto de hijas e hijos. A la primera hija le puso el mismo nombre que el de mi madre, lo cual creo fue un golpe fuerte. Cuándo le pregunte a mi abuelo porqué le había puesto el mismo nombre, me dijo que lo repitió porque le gustaba el nombre. Sin embargo el impacto psíquico para mi madre fue devastador y es algo que lleva y llevará toda su vida. En el inconsciente además de abandonarla la mató ¡uf! qué fuerte.

Después de tiempo cuando visitábamos a mi abuela en su pueblo pasábamos a visitarlo, saludábamos a su familia y finalmente estuvo cercano. Mucho tiempo mi madre evadía ir a visitarlo, le tenía mucho enojo y no podía ver ni saludar a su otra familia. Cuando nosotros comenzamos a ir con él sin problema, y veía que mi abuela bajaba a platicar con ellos o mi abuelo pasaba de pronto a platicar con ella, creo que eso fue suavizando la situación. Hasta que llegó el momento en que mi madre se animó a visitarlo en su casa sin problema.

El murió el 29 de marzo de 2010 de cáncer en el estómago, es decir era controlador y le costaba decir lo que realmente quería y necesitaba en la vida, literalmente no pudo digerir sus emociones, algo que se repite en toda la familia. Tal vez él mismo nunca se perdonó el haber abandonado a mi abuela y a sus hijas e hijos.

El abuelo fue un hombre trabajador, pasó su época de bebedor, después de abstemio y cristiano, después volvió al catolicismo, siguió abstemio y decidió disfrutar de su vida, y tal vez buscando perdonarse, y buscando el perdón de las personas a las que lastimó. También pude hacerle una entrevista hace casi 21 años, desgraciadamente la grabadora nunca grabó y lo lamenté mucho porque fue la primer y única vez que pude platicar extensamente y sinceramente con él. Parte de sus respuestas las llevo en la mente grabada y lo agradezco.

El abuelo murió en el mes de marzo cinco meses después de mi abuela, decimos que ella vino por él, pero creo que ambos ya no podían vivir separados,

ahora están juntos finalmente, ahora los años no pesan, al contrario son experiencia y nostalgia, la fortuna de estar juntos toda la vida en ese otro lugar. Ahora solo ellos saben lo que sufrieron, lo que se enojaron, sus miedos, sus frustraciones, sus reclamos. Finalmente su amor trascendió lo humano, ahora no hay necesidad de explicar, ni reclamar nada, viven en paz.

Capítulo 10. La despedida.

La abuela después de unos años de vivir en el asfalto, bajo un tratamiento médico para la cirrosis hepática que en realidad le aminoraba muy poco sus dolencias, tomo la decisión de regresar a su pueblo, a su tierra prometida que tanto extrañaba, sus tortillas, su salsa fresca, su fogón donde todo el tiempo estaba la olla de café para todo aquel que llegara. Sus cuches, sus pollos, sus perros, pero sobre todo sus recuerdos, su ombligo, su tierra que era la vida misma y que por más lejos que estuviera no podía olvidar y dejar de necesitar.

Creo que hizo un impase de su enfermedad y una mañana dijo emocionada...*“me voy a la fiesta del pueblo y pasando me regreso a México”*..., algo se agolpó en nosotras y tal vez presentíamos que no regresaría. Seguramente por eso decidí hacerle la entrevista antes de que se fuera a su pueblo. Todas estábamos seguras sin decirlo que ella sabía que no le quedaba mucho tiempo y que por eso quería regresar al lugar donde enterraron su ombligo, siempre nos dijo que no quería morir en la ciudad.

Se preparó y se fue gustosa con su hijo el Tacho quien nunca dejó de ser parte de ella y quien también emocionado emitía ese curioso sonido gutural, pegándose la pierna y sonriendo. Ellos se entendían perfectamente, ese vínculo simbiótico que mantuvieron aún después de muerta mi abuela. Era como si lo siguiera teniendo en el útero aun cuando estaba fuera de ella. Mi abuela lo conocía de todo a todo y como no si había dedicado su vida entera a él. Todos temíamos lo

que pasaría con Tacho si mi abuela faltara. Por fortuna no fue así, por eso digo que esa simbiosis permaneció aún muerte mi abuela.

La mañana en que decidió partir mi abuela a ese otro lugar etéreo, mágico, cuenta Julieta que se levantó como todas las mañanas antes de que el sol saliera, ya al medio día comenzó a arreglarse para ir a la famosa fiesta del pueblo del 4 de octubre día de Chapula. Por fortuna iría acompañada de su amiga de toda la vida, “La Vange” como le llaman. Cuentan quienes la vieron que estaba muy contenta como no la habían visto hace mucho, con esa sonrisa de siempre, iba y venía, platicaba y vio a todo el pueblo literalmente.

Comió todo lo que le pusieron enfrente, claro después de tener una dieta tan rigurosa y difícil de llevar para mi abuela aprovecho todos los antojitos y no podía faltar su gusto por los elotes, claro después le dolió el estómago horrores, pero no le importo. En el fondo creo que fue un regalo que la vida le dio porque en esa fiesta se pudo despedir sin decirlo de todas esas personas que de una u otra forma fueron parte de su vida. Así cual Reyna de la primavera, platico, se divirtió entre música, vendimia, cuetes, toritos, chismorreo, sonrisas y saludos, que mejor manera de despedirse.

Lo pudiste hacer y fue una fortuna para ti y los que te conocieron, pudiste hasta reconciliarte con una pariente tuya que te hizo mucho daño, la esposa de tío Amaury tu hermano, pero a la cual tú no le guardabas rencor. Y al volverse a hablar y platicar te dejó mucho más tranquila. Todos sabemos que nunca fuiste mujer de

pleitos, egoísta y mucho menos guardabas rencores. Por eso fuiste alegre y sin pendientes.

Finalmente, cuando la abuela llegó a su casa estaba Luz la esposa de mi tío Raúl, Julieta y la tía Elena, ellas seguían cocinando para seguir el festejo. Pidió otro elote, se lo comió y se comenzó a sentir cansada, así que se despidió y se fue a acostar.

Al poco rato le hablo a Luz y le dijo: ...*“me siento mal, me duele el estómago”*... Se sentó en una esquina de su cama y se recargo...*“tómame de la mano le decía a Lucina, no me sueltes, tengo miedo, lo repetían una y otra vez”*.... Creo que sabía lo que estaba pasando y claro que tenía miedo, seguro no es fácil decirle adiós al cuerpo y caminar hacia ese otro lugar. No sé qué pasaría por su cabecita, supongo que sabía que en cuanto cerrara sus ojitos terminaría todo. Esos bellos ojos color aceituna melancólicos que con la media luna de su sonrisa le brillaban toditos, dándole una luz especial en el rostro. Mi madre sacó esa sonrisa y en realidad todas las tías mujeres se carcajean bien y bonito. Es una de sus características.

Luz fue la última que estuvo con ella y le agradezco que la haya acompañado sin soltarle la mano, le ayudó a pasar esa puerta a ese otro no lugar. Seguro se sintió acompañada y con el valor suficiente de dar ese último paso que todos daremos en algún momento.

De pronto Luz sintió la mano de mi abuela que la soltaba y se dio cuenta de su partida, así que llamo a Julieta y a mi tía Elena entre el shock, la tristeza y el no saber qué hacer pidieron ayuda. Y fue así como se dio inicio a preparar su cuerpo. Según sus tradiciones es vestirla con algo que le gustaba, la pintaron, buscaron los objetos que se llevaría consigo, prepararon muchas cositas como trastos, tamalitos todo en pequeño.

Su cuerpo estaba sobre una mesa cuando llegamos, fue impresionante mirarla ahí, tendida, mirando al techo, impávida pero con un rostro tranquilo y en paz, como si durmiera. Una siempre niega esos sucesos. Su cuerpo tardo mucho tiempo en enfriarse.

En tanto, sonaron las campanas en el pueblo anunciando la muerte de mi abuela, así que llegaban y llegaban personas del pueblo a dejar cosas y despedirse de ella, algunas rezaban, otras platicaban de cómo la habían visto día antes en la fiesta a tía Olga, como le decían en su pueblo.

Mis tías Elena, Susana y Julieta, y otras mujeres del pueblo, amigas y gente cercana a mi abuela en friega en la cocina preparando la comida para los visitantes, se prepara una cantidad enorme de comida, porque literalmente se le da a todo el pueblo. La familia entramos en un shock colectivo, es un momento que dura días que no sabes lo que sientes, no sabes lo que te pasa, como si encapsularas tu vida y funcionas automáticamente sin pensar y sin sentir del todo. Es una sensación muy

rara que después de que pasa todo el ritual y los nueve días te cobra la factura y el dolor se deja sentir en todo tu ser, claro por eso le llaman duelo.

Durante ese periodo de encapsulamiento emocional de pronto lloras, pero inmediatamente cortas la emoción y corres a solucionar lo que tiene que ver con la comida, ir a buscar a los músicos, llevar la comida a los que estaban en el panteón cavando la fosa, a buscar la caja, a realizar el trámite legal y tantas cosas que se requieren en una situación como esta, por eso creo una deja de sentir.

Finalmente y lo más duro es el impase que se hace cuando el cuerpo se va de la casa, empieza la despedida del cuerpo, la música siempre tan triste y el saber que a partir de ahí nunca más la volverás a ver y quisieras que no pasara pero es ineludible. Intestas aminorar el dolor de tus otros seres querido solidariamente, pero una no puede con sus propios vacíos, con su propio dolor.

Esta fue la antesala de sentimientos hacia el recorrido que hicimos para acompañarte en el paseo de los senderos y caminos por los que caminaste, por los riachuelos donde jugaste, por todos esos lugares con árboles frutales que seguro miraste cuando viviste en ese lugar, ahora no irías de visita a dejar flores y limpiar la tumba de tu mamá, ahora ella te esperaba para compartir ese lugar con ella.

Capítulo 11. De vuelta a la madre tierra.

Nos despedimos de ti en tu casa, cada quien como prefirió hacerlo, tocándote, rezándote, hablándote y pidiendo nos acompañaras de alguna manera. Deseándote buenaventura en tu viaje, era la última vez que dormirías de cuerpo presente en tu casa, y eso nos creaba un vacío en el corazón, una profunda tristeza que anunciaba un eminente abandono, para todas las mujeres y los hombres que estábamos a tu alrededor.

La imagen que guardo de ese momento es que después de tantos años fue emotivo vernos a todas y todos juntos otra vez haciendo un círculo alrededor tuyo, una de mis tías Elena decía: *“así le hubiera gustado vernos a mi mamá en vida”*... Y yo creo que por salud mental y familiar así tendríamos que estar ahora que ya no está, somos familia y no deberían guardarse rencores, porque el rencor enferma, mata.

Después de despedirnos de manera individual de ti se dio paso a cargar tu féretro y comenzar el recorrido de tu casa al panteón. Por fortuna el camino es tan bello que hiciste tú último recorrido entre caminos llenos de vegetación, árboles frutales, tierra, agua y un sol esplendoroso que seguro te alumbro en todo tu trayecto.

Durante el recorrido caminando junto a mi madre encontré una vaina de café, la tronche y coincidentemente era una rama que interprete era mi abuela con sus

hijos e hijas, hasta los que no nacieron. La rama tenía once granos de café, cada uno y una de sus hijos e hijas, los muertos y los vivos, y ella claro como el sostén. Cuando me di cuenta se lo comenté a mi madre, a quien acompañaba esperando hacerle menos triste el trayecto al cementerio, ella me sonrió. Esta vaina la puse dentro de su nueva cama tal vez como un símbolo de la naturaleza, tal vez pensando que debería llevarse su historia, tal vez devolviéndole lo que le corresponde.

Esa vaina simbolizó para mí la síntesis de su vida familiar nuclear, plasmada nada más y nada menos que en una rama de cafeto, el cual siempre fue un referente con la abuela al llegar a su casa, siempre el olor de café en el fogón, la tierra de sus cafetales, el patio con los cafetos y los granos de café con pulpa asoleándose cuando concluía la cosecha. Son muchos los recuerdos de nuestra vida a través del café y la tortilla tostada en el fogón de su cocina, donde platicamos, aprendimos, escuchamos tantas cosas. Más de lo que una pueda escribir.

Ya estando en el panteón comenzó otro proceso de ponerle las cosas que se debería llevar consigo, de eso se encargó Julieta, y fue ahí cuando vi que mi tía Susana le puso sus pantuflas que le regaló a mi abuela en diciembre. Mientras se las ponía le dijo a mi abuela: ... *“Má te las traje porque las querías mucho y no te las trajiste para no ensuciarlas de lodo en el pueblo, pero te las traje Má para que te las lleves”*... y literal en mi fantasía yo me fui en esa caja con mi abuela, hasta que decidí soltarla y regresar a vivir mi vida, después de trabajarlo en mi análisis.

Mientras escuchaba a mi tía Susana en su conversación con mi abuela pensaba en el día que fui a comprarle su regalo de diciembre, una bata y sus pantuflas. Esas pantuflas, las busque pensando en apapachar un poco a sus pies que literalmente anduvieron en veredas, montes, ríos y los cuales la sostuvieron firme para sacar adelante a una familia y para mantenerse entera como mujer dentro de una comunidad moralista y sancionadora.

Finalmente fuiste acogida por la madre tierra, esa tierra que te vio nacer, que te vio crecer y ahora te estaba cobijando entre sus brazos para volverte a dar vida en otro sentido. Fue entonces cuando escuchamos las voces de mis tías Elena, Silvana y Julieta. Fue sui generis, algo inesperado que le devolvieron al pueblo al mismo tiempo que le entregaban a la madre tierra el cuerpo de mi abuela. Agradecieron su apoyo y acompañamiento pero también aclararon que Tacho no fue una maldición. Julieta dijo: *...“mi hermanito nunca fue una maldición aunque ustedes lo hayan dicho lastimándonos a la familia”...* Mi tía Elena y Silvana agradecieron también pero también aclararon que sus habladurías lastimaron a mi abuela y a su familia. Y que pese a todo fue una mujer que salió adelante con sus hijas e hijos, y toda la familia era gente de bien.

Ahí estuvieron las tres hermanas, que en lo cotidiano no se llevan bien, reivindicando la memoria de mi abuela, ante su tumba, ante su cuerpo, ante esa comunidad que sentía su partida pero que tal vez en el pasado sancionó el comportamiento de mi abuela.

La abuela en medio de todo eso seguro estaba feliz, escuchando a sus hijas orgullosas de ellas, de haberlas parido, tranquila porque siempre hizo lo que quiso, y rodeada de mucha gente a la que ayudo aun cuando en otro momento a ella no le tendieron la mano. Ella jamás guardo rencor a nadie no perdió su vida en eso. Así que literalmente se fue en paz y descanso.

Como familia nunca olvidaremos sus apapachos, sus cuentos y platicas en la noche cuando todas las luces estaban apagadas para dormir, su peculiar tonito de voz... ..*“hay Díooos mío”*...*“sus Jesús”*... era una manera tan amorosa de hablar que tenía, su sazón en todo lo que preparaba, su llanto cuando nos veía llegar a su casa, su llanto cuando nos íbamos de su casa, su preocupación de lo que seríamos, su cantidad de comida para complacernos, sus cuidados.

En mi caso recuerdo mucho la forma en que se admiraba de mí: ...*“hay Díooos mío, quién dijera que ese pedacito de carne iba a ser tantas cosas, que iba a viajar tanto, hasta a otros países”*..., era la nieta que “necesitaba su medicina” pal’ susto y siempre la abuela me enviaba o me traía el remedio, un suculento aguardiente con hierbas de susto, todo un elixir.

Con una sonrisa o un escrito cómplice me lo daba o me lo enviaba con alguien... *“te traje tu remedio má”*... y me cerraba el ojo y yo le contestaba gracias abuela porque he tenido muchos sustos y soltábamos la carcajada las dos. Pues fue mi objeto bueno amoroso materno, que me promovió la fortaleza en las mujeres,

la fantasía de vivir y contactar con mis emociones. Y sobre todo me dio a la madre que tengo.

Después de un tiempo de trabajo analítico le di su lugar a mi abuela y tome a mi madre en su lugar, cuál debe ser. La madre es la madre y tiene un lugar al igual que el padre. Y la abuela como parte de mi estirpe ocupa un lugar también. Cuando la constelación familiar se acomoda nos sentimos mucho mejor, y eso no quiere decir dejar de quererla, sino respetar y honrar a cada miembro de la familia.

Capítulo 12. El reencuentro en el temazcal.

Con todos mis amigos y amigas que han emprendido ese viaje antes que yo, los he soñado. Hoy casi es un año de que partió mi abuela y no la he soñado. Recién ha partido también mi abuelo, mamá nos lo dijo apenas con mucho dolor porque no estuvo ahí, seguro porque no se pudo despedir y tal vez sintió que lo volvió a perder y prefirió no asistir como una forma de negar su muerte. Mi madre me dijo en un tono de complicidad y cierta alegría, *“tu abuela vino por tú abuelo y tal vez eso se quedó dando vueltas en mi cabeza”...*

Estaba en un mes donde la toma de decisiones se hacía urgente, era necesario decidir qué con el trabajo, qué con mi proyecto de vida, qué con mis pendientes, me abrumaba y me costó tener que asumir la responsabilidad de tantas decisiones necesarias. De ahí que justo ese día decidí ir al temazcal con el que entonces era mi marido Eduardo. Era un sábado nublado en el cual llovió torrencialmente después de salir del temazcal, como para cerrar la escena, un día esplendoroso que me ayudo a apapachar el alma.

Entramos al temazcal con la idea de visitar a los ancestros, simbólicamente una entra al vientre materno que nos da calma y tranquilidad. Nos ayuda a interactuar con las abuelas, así le llaman a las piedras del temazcal para que se lleven los miedos, las tristezas, los desencantos, las dolencias, solo estábamos Eduardo y yo. Después de un rato él salió y me quede sola en el temazcal, así que aproveche a acostarme en el suelo, me encontraba sola en ese maravilloso espacio,

una vez en el suelo tapizado de hierbas diversas y olorosas, tranquila vi perfectamente del lado derecho a mi abuelo sentado viendo hacia el frente, vestido de blanco y con su sombrero, al mismo tiempo del lado izquierdo vi a mi abuela, vestida de blanco también, con falda larga, mirando también hacia el frente, es decir mirándome. Veía sus cuerpos completos, pero en ambos casos sólo una parte del rostro.

Todo parecía indicar que era una cita, nos esperábamos porque no me sorprendí y no me dio miedo, ni ellos tampoco, fue tan natural. Comencé a platicar con ellos mentalmente nunca verbalmente y claro tampoco me contestaron sus respuestas verbalmente, todo fue a través de lo que sentía y la comunicación fue de mente a mente, porque yo escuchaba lo que me decían sin que ellos en realidad hablaran.

Comencé a platicar con mi abuelo, le dije que me había enterado de su partida y que me hubiera gustado ir a verlo pero que en la primera oportunidad me lanzaría a visitarlo. Hicimos memoria, le dije que tenía un poco de miedo por todo lo que tenía que decidir y que sabía que las consecuencias tal vez no las pudiera resistir. Le pedí que me ayudara a tomar las mejores decisiones. Le dije: abuelo me acordé que le decías a mi mamá cuando era chica que la gente cuando es miedosa se pone a chiflar y nos reímos como si él me lo dijera a mí ahora.

Hay abuelo mi mamá está muy triste, tú sabes que ella te quería mucho y le dolió mucho que las dejaras cuando eran chiquitos, no te voy a juzgar, no soy quien,

sé que a veces pasan cosas que no nos gustan pero es por algo y tú tendrías tus razones, tus miedos o tus culpas, pero lo que sí, es que le dejaste todo el paquete a mi abuela. Una cosa eran ustedes y otras tus hijas y tus hijos, José, ya ves, creo que nunca te perdono. A mi mamá, creo que le dolió mucho que le hayas puesto su nombre a otra hija tuya, ahí si la regaste abuelo. Yo creo que le pusiste el mismo nombre porque querías mucho a mi mamá y la querías de alguna manera cerca de ti, pero que chinga emocional para mi madre.

Abuelo te acuerdas que mi mamá comenzó a ir al pueblo de nueva cuenta cuando yo decidí ir cada año. Ella te mandaba tus latas de duraznos en almíbar que tanto te gustaban, recuerdo esa primera vez que fui con mi primer marido Isma al pueblo, a ese lugar lejano entre las montañas Oaxaqueñas, mi abuela estaba inmensamente feliz y no podía creerlo. ...*“Sus Jesús”*... decía mi abuela...*“como se animó a venir ese hombre, el antropólogo al pueblo”*.... En ese viaje disfrutamos mucho cortar leña, acarrear mazorca y visitarte, te hicimos una entrevista te acuerdas. Te di los saludos de mi madre y mi padre, tu hija que tanto te quiso, hasta nos tomamos una foto mi abuela, tú y yo, es histórica esta en mi altar ahora.

Te acuerdas de mi banco abuelo, ya tiene 42 o más años, me lo hiciste antes que naciera y le dijiste a mi mamá que me duraría toda la vida, y creo que sí, aún lo tengo ya no está completo porque mi mamá me lo aventó un día y se rompió a la mitad, pero ahí anda todavía al igual que tu silla, esos son mis recuerdos.

Si me acuerdo de cosas abuelo, también quiero agradecerte porque gracias a ti tengo hoy papá y una familia con sus asegunes como todas pero muy bonita, solidaria. Sí, siempre se entera uno de esas cosas, sé que peleaban muchos mis papas cuando recién se casaron, y que tú hablaste con mi papá, un joven asustadísimo supongo en ese momento. Sé que le dijiste decide si estarás bien con mi hija, sino en este momento me la llevo a mi pueblo que no conoces y no la vuelves a ver, al igual que el hijo que va a nacer, yo me hago cargo de ellos no tengo ningún problema, pero tú decides y míranos abuelo hasta Rosario y Emilio nacieron. Gracias.

Y así me fui platicándole de cada una de mis tías y tíos, diciéndole lo que necesitaban y que les ayudara desde donde estuviera.

Con mi abuela he tenido más oportunidad de platicar y le dije: bueno abuela tú sabes que te admiro, nunca te juzgue y te entiendo, tu sabes que te admiro por ser una mujer ejemplar fuera de lo común, mucho más en un pueblo donde es más difícil reconocer el papel de las mujeres, como sea tuviste que sacar adelante a toda tu prole bien o mal y aunque Theo ahora diga que nunca quiso venirse, pues le tocará resolver su tristeza porque cuando era más grande pudo regresar y no lo hizo, tal vez comenzó a sentir un poco de culpa abuela.

Ahora que escuche, lo que escuche en tu entierro, te admiro más porque supongo que no la pasaste nada fácil y tuviste que ser muy fuerte para poder sobrellevar ese agobio y sanción de la gente del pueblo. Yo me hubiera ido pero tú

seguiste ahí, porqué en el fondo tampoco te importo mucho lo que dijeran. Sobre tu espalda cargaste de más muchas cosas, bueno así somos las mujeres y tú peor fuiste una mujer muy preocupona y bondadosa, y creo que debí haberte preguntado más cosas.

Cómo estas allá, cómo es, es cielo, tierra, es bonito como dicen, has visto a tu mamá y tu papá, a Pisqui, a Amankay, a Tere, a Nellys, también son fiesteras como tú, seguro que si las ves harán jolgorio allá arriba, salúdamelas.

Abuela finalmente ya estas juntito a mi abuelo, dice mi mamá que viniste por el abuelo Juan Jacinto como le decías, creo que nunca dejaron de quererse, qué bonito aunque desperdiciaron mucho tiempo, finalmente uno se equivoca pero volvemos al terruño.

Bueno abuela, ya me canse de esta posición y me voy a voltear pero no quiero darte la espalda, aunque dicen que los angelitos no tienen verdad y me reí y comencé a girarme. No creas que soy una grosera, le volví a decir, y de pronto frente a mi estaba completa la cara de mi abuela, suspendida sin cuerpo y me sonreír, volví a ver esa ternedad de cara y su mirada.

Me incorporé y me senté al lado izquierdo de mi abuelo le di una palmada en la rodilla y le dije abuelo te voy a limpiar y saque de mi cubetita mi toallita la moje, la exprimir y comencé a limpiarlo desde la cabeza, y así le iba diciendo tu cabeza, tu cuello, tus brazos y así todo él, hasta llegar a los pies, su ropa era de color blanca

llevaba huaraches y su sombrero. Cuando termine con él, le dije bueno abuelo ya acabe contigo ahora me voy a voltear con mi abuelita para hacer lo mismo.

Nuevamente, remoje la toallita y comencé con mi abuela por la cabeza y termine en los pies en tanto platique cosas de mí, que si le mandaban saludos mi mamá, mis hermanos, mis tías y así. Al terminar dejé el trapito en la cubeta.

Volví a acostarme a lo largo del temazcal, me gire boca abajo, me hincó y cuando levante la cabeza de frente estaban los dos juntos sentados mirándome y entendí entonces que me decían que estaban juntos y estaban bien, tranquilos, no hizo falta que me lo dijeran con palabras, lo sentí y así lo entendí. Les pedí entonces que ayudarán a mi mamá a encontrar la felicidad, le duelen muchas cosas pero acompáñenla para encontrar aquello que la haga feliz y quiera vivir. Seguro que si Emilio y Rosario estuvieran aquí estarían emocionados, también cuídenlos mucho y a sus familias, a mi papá que ha tenido equivocaciones pero es un gran ser humano que adora a mi madre y que ha sido un gran padre, el mejor. Gracias por ponerme en esta familia. Creo que de alguna forma estamos en paz con la vida.

Ayuden a sus hijas, a la tía Silvana para que deje atrás esos resentimientos que no la dejan gozar de la vida, de su familia y que impacta en mis primas. A mi tía Claudia que se flagela viviendo una vida ahogándose y creyendo que no merece ser feliz, porque mi abuela y tú no vivieron juntos y no fueron felices, ella cree que si fuera feliz sería tanto como traicionarlos.

A Elena que para no tener que dar explicaciones y afrontar la vida nuevamente se ha tenido que negar la posibilidad de enamorarse y vivir, se conformó en sobrevivir y esperar, pareciera que de nada sirve volver a empezar, también cree que no es merecedora de ser feliz. Susana como yo siempre la llamaré, tuvo en su momento el valor de cambiarse el nombre, lo cual no es fácil, rompió con un pasado pero no pudo asumir la responsabilidad de luchar por el amor de su vida, enfrentando a las tías, a mi madre por supuesto, cree también que no merece ser feliz porque traicionaría a su entorno, a sus ancestros.

Raúl hay la lleva, pero siempre a la sombra del matriarcado de sus hermanas, él cumple su rol masculino, pero todo el tiempo enfermo, tampoco se cree merecedor de estar bien y gozar de su familia, le fue duro en su momento asumir responsabilidades que no le correspondían, aprendió a ser hombre a golpes de la vida, sin mucho apapacho.

José, sufrió dos pérdidas, primero tú abuelo y ya viste que esa profunda tristeza que le causaste nunca dejó que se acercara a ti, y luego la de mi abuela, tal vez siempre se sintió ajeno a nosotros, y creo que fue muy traumático el vivir con mi tía Silvana, eso le marco en su sexualidad y de ahí su rechazo a tener otro hijo, y el no disfrutar del amor, del apapacho, prefirió anular esa parte para no sufrir nunca más, el problema es que tiene un hijo y los hijos chupamos toda la historia y los sentimientos buenos y malos de los papas y la familia.

Julieta, pues le ha tocado lo más grueso, haber nacido en medio de habladurías, abuela supongo que te la rifaste al decidir tenerla, ser rechazada por sus propias hermanas, por la familia, relegarla y finalmente, es quien estuvo más cerca de ti y de Tacho, como si fuera su hijo. Ayúdala porque no es fácil. Le costó vivir y defender lo que quiere y quiso seguir a un hombre y quiso ser madre, ayúdala a que cumpla su sueño.

Tacho, abuelo no sé si su nacimiento te metió en pánico y por eso te fuiste, pero mi abuela renunció al amor, a la compañía de otra persona por entregar su vida al hijo que tantas críticas recibió, no sé qué tuviste que aprender abuela, pero seguro sigues cerquita de Tacho para cuidarlo.

Sus hijas son grandes mujeres que han luchado por salir adelante, todas con espíritu oaxaqueño, trabajadoras, persistentes, aguantadoras, ordenadas, solidarias, comprometidas que cuidan a su prole por sobre todo, hasta de su propia felicidad. Finalmente han logrado su sueño, salir de Chapula para hacer una nueva vida, para olvidar lo lastimoso que fue su infancia, las habladurías del pueblo, sin embargo, también con la nostalgia de sus vivencias en el agua de naranjo, con sus amigas, con los cafetales y seguro hasta el recuerdo de alguno de los hombrecillos que les gustaban.

Ayúdenos abuelos a encontrar los caminos que debemos caminar y tener salud para estar bien, los quiero gracias, que bueno que estén bien.

Y de pronto dejé de verlos...sólo lloré de emoción y comencé a sentir algo de energía, de hecho después del temazcal no me pude dormir, pensaba, sentían, estaba muy tranquila pero con mucha energía, y de ahí sé que están aquí entre nosotros, sólo cambiaron el camino para poder permanecer en la familia, en sus cafetales, en la tierra.

Un nuevo comienzo.

No sé si al final dejaré de extrañarte, aún no sé qué es eso que te llevaste que yo necesito de ti, mi melancolía lo sabe por eso siento la nariz toda constipada, está ahí, pero aún no puedo identificarlo, decirlo. Sólo sé que siempre estás en mi mente y en mi corazón esa mirada de ojos aceituna melancólicos, ese cuerpo frágil y tan fuerte a la vez, ese rostro que por más adversidades que le pasaban mantenía siempre la tranquilidad y la paz, hasta el último de tus días, hasta el último de mis sueños, cuando te despediste de mí.

Agradezco siete generaciones antes, y siete generaciones que vendrán después de la mía, te honro abuela sé que desde donde estés nos sigues cuidando a toda tu prole, te recordamos. Sabías que escribiría esto te lo dije cuando guardé tu voz en ese cassette y ahora es mi herencia más preciada. Ambas sabíamos que faltaba poco tiempo. Gracias por regalarme una parte de ti. Te amo abuela.

Tu primera nieta, la muchita... que en el corazón y en la sangre te llevará por siempre.

Finalmente familia aprendamos a mirarnos y seamos honestos con nosotros mismos, no solo con los demás. Cuidémonos, respetémonos en lo que queda de vida. Acabamos de pasar un terremoto que literalmente nos movió emociones internamente, frente a nosotros están los escombros de cada uno de nosotros. Para

volver a reconstruirnos pensemos qué cosas nos gustaría rescatar debajo de esos escombros para ponerlos de pilares en nuestra vida.

Quien esté libre de pecado que lance la primera piedra, aprendamos a no juzgarnos, a no juzgar a los demás, porque detrás de cada acción hay una historia, miedos, odio, faltas que son las que hacen que actuemos muchas de las veces inconscientemente. Lo importante es pensar siempre qué hay detrás de lo que actuamos, primero por nosotros mismos y después por los demás, por la salud mental de la familia.

Es la oportunidad de un Nuevo comienzo...ustedes de aquí en adelante cómo quieren que siga siendo su vida. Por ustedes y las nuevas generaciones.

Hoy se cierra un ciclo y con ello la posibilidad de un Nuevo comienzo. Yo elijo vivir, quiero vivir y ésta es mi aportación para mis sobrinas, hermana, hermano y mi familia para que puedan tener una mejor calidad de vida.

Y como diría Hannia mi sobrina: *“ustedes son mi familia y los amo”* Gracias padre, gracias madre por todo lo que me han dado, agradecida con ustedes.